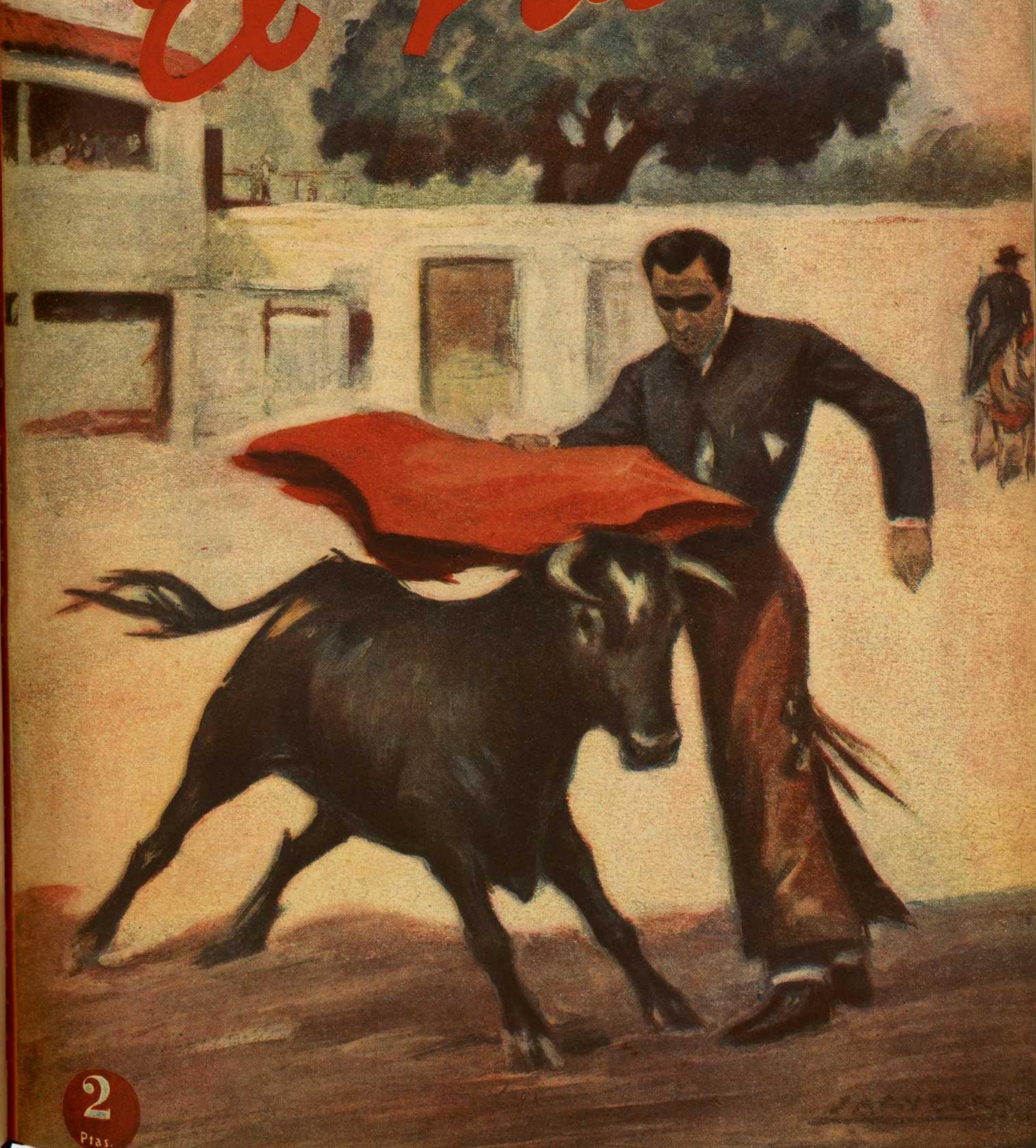
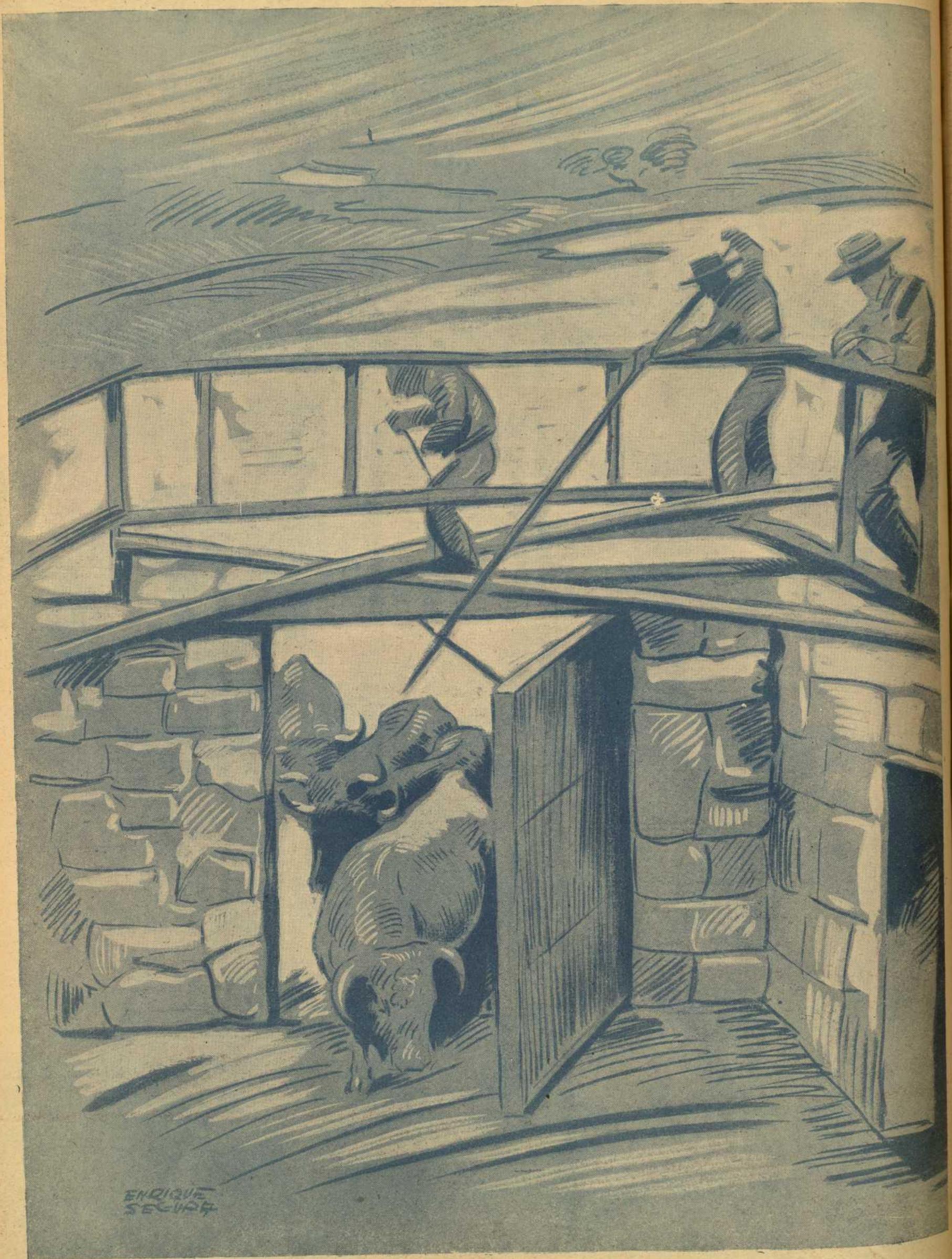


El Ruedo



2
Ptas.



Apartando reses
(Dibujo de Enrique Segura.)



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA
FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Año III -:- Madrid, 21 de febrero de 1946 -:- Núm. 87

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



NO vamos a decir, Dios nos libre, que las cosas que ocurren ahora no han ocurrido jamás. Siempre, por estas fechas, se han hecho cábalas sobre la temporada inminente y siempre también se ha afirmado que nunca antes habían existido mayor desconcierto y mayor ignorancia de lo que se preparaba, si es que se preparaba algo. Inevitablemente, asimismo, al final de cada conversación polémica sobre el tema, se daba suelta al tópico con estas o semejantes palabras: «En fin, no hay que rom-

perse la cabeza. Luego saldrá el toro, y él lo arreglará todo.»

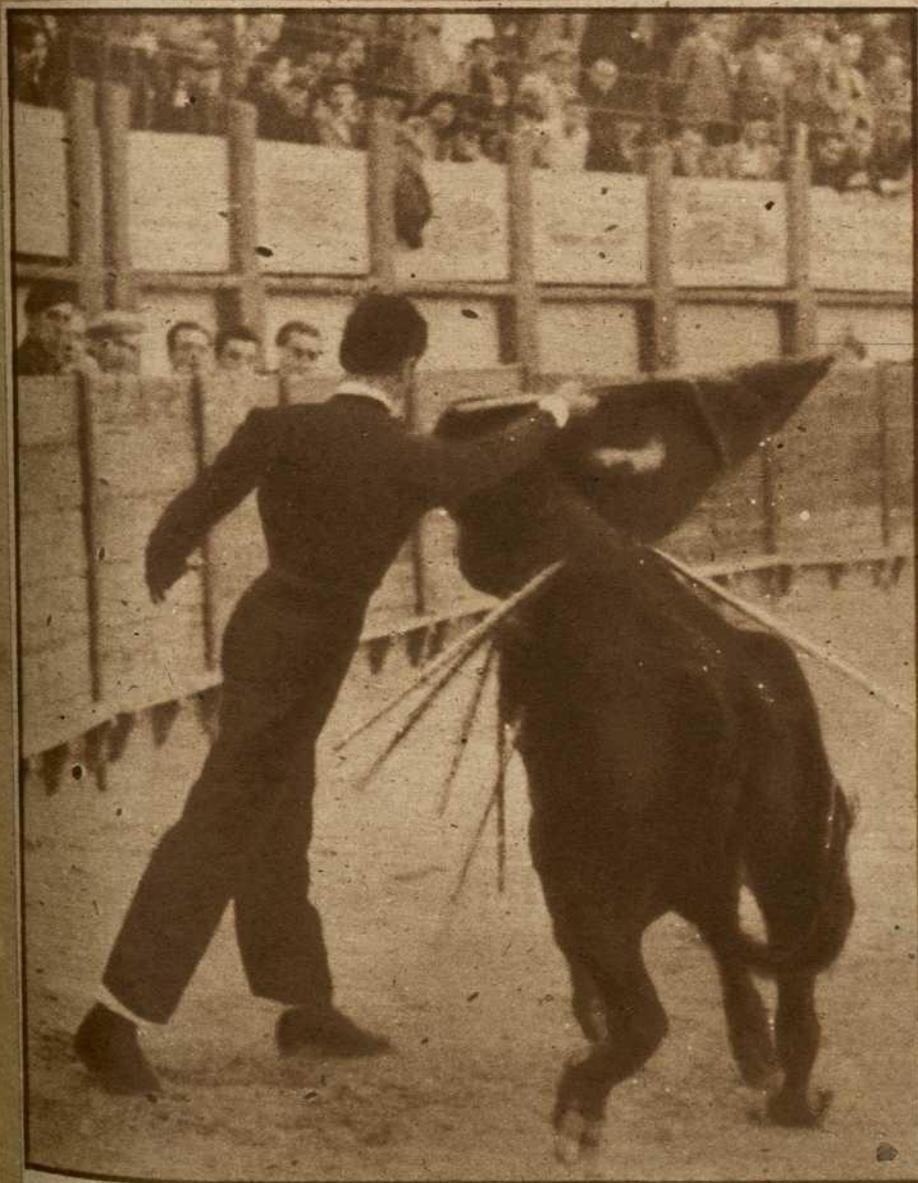
¡Pero, ay! Es el caso que se nos jura que este año no saldrá el toro ni por casualidad, y que ya podremos darnos con un canto en los dientes si entre la piara de becerros a lidiarse sale algún novillo... Claro que esta notoria exageración no es tampoco una novedad. En la noche de la historia taurina se pierden los cuentos de toros afeitados, purgados, ayunados y torturados para restarles poderío y facultades ofensivas.

Todos nuestros buenos deseos de concretar noticias sobre carteles iniciales de la temporada se estrellan contra la ignorancia o el disimulo. Preguntamos, por ejemplo, a quien con razón suponemos capacitado para contestarnos: «¿Quiere usted decirnos el programa que tiene para tal fecha?» Y nos responde resuelto: «Cuento con toros de Fulano, Mengano, etc. (una gran lista de ganaderías), y estoy al habla con Pérez, Rodríguez, Martínez...» (otra gran lista de apoderados). «Al habla nada más?», preguntamos, anhelantes de un nombre siquiera ultimado. «Sí; verá usted —continúa divagante—; es que Pérez está por las nubes, ¿sabe?, y cree que su torero A tiene que cobrar igual que Manolete y Arruza cobraron el año pasado en la misma fecha, y además exige que le firme dos corridas a su torero B, que no interesa nada...» «Pero, bueno —argüimos angustiosamente—; el toro Z no me negará que está muy bien, que lleva gente a la Plaza y que sus pretensiones son modestas...»

Una sonrisita de media boca, para conservar en la otra media el veguero sin que se le caiga la ceniza, es la enigmática y displicente respuesta que recibimos, como diciéndonos: «¿Qué sabrá ese iluso!»

Ilusos, sí. Como ilusos nos vamos estrellando con el deseo de anticipar alguna noticia verdadera que sea un cartel, un auténtico *pregón*. Todo inútil. La temporada que se avecina está plena de preguntas sin respuesta: ¿Cuándo viene Manolete? ¿Cuándo Arruza? ¿Toreará a pie la Cintrón? ¿Habrán muchas novilladas? ¿Serán más baratas las localidades?...

Y todo para que luego ni siquiera salga el toro.



Luis Miguel Dominguín toreando de muleta durante el festival que se celebró el domingo en Cádiz. (Amplia información gráfica en las páginas 4 y 5)

AYER Y HOY

"LA SUERTE DE MATAR"

Por ANTONIO CASERO



ANTONIO CASERO

Por ESPAÑA y AMERICA

La corrida del Montepío de Toreros Mejicanos y sus consecuencias.—Manolete volvió a torear y triunfó, el domingo, en unión de Pepe Luis Vázquez y Procuna. — En el Club Taurino Madrileño pronunció una conferencia García Rojo y se celebró un acto en honor de Vicente Pastor.—Hemos visto llorar al Chico de la Blusa



García Rojo, el renombrado crítico de toros, no sólo sabe escribir sobre la fiesta. Cuando llega el caso, también sabe hacerlo como el mejor. En esta media verónica queda plenamente demostrado



Arriba: Pepe Luis Vázquez.—Abajo: Vicente Pastor

El pasado jueves, día 14, se celebró en Méjico la corrida a beneficio del Montepío de Toreros Mejicanos. Tres espadas mejicanos y otros tantos españoles estaban anunciados. De los tres españoles, uno, Manolete, alegó, cuatro horas antes, una indisposición, se negó a torear y hubo de ser sustituido por otro espada español. Intervinieron en la corrida los mejicanos Armillita, Silverio Pérez y Luis Procuna y los españoles Gitanillo de Triana, Pepe Luis Vázquez y Pepín Martín Vázquez. Se disputaba entre los matadores el trofeo «La rosa de oro guadalupeña», trofeo que fué concedido a Armillita, al parecer no en estricta justicia, ya que, en opinión de un gran sector de público, el ganador fué Pepín Martín Vázquez.

La Unión de Matadores de Méjico sancionó al diestro cordobés, por entender que la negativa de Manolete no tenía justificación alguna, y se hizo saber que los médicos que le habían reconocido afirmaban que el lidiador se encontraba en perfectas condiciones físicas. Manolete debería dejar de torear en Méjico durante dos temporadas. Manuel Rodríguez volvió a actuar el sábado.

Si Manolete estaba en condiciones de torear es cosa que hay que poner en duda. Si la razón estuviera por entero de parte de quienes juzgaron y castigaron el proceder de Manuel Rodríguez, no se hubiera producido la reacción de gran número de matadores mejicanos que han protestado del castigo, han manifestado su decisión de darse de baja en el Montepío y su propósito de fundar otro y, sobre todo, no hubiera toreado el sábado el cordobés. Esto nos induce a pensar que la sanción es injusta. Es posible que si tal injusticia no se repara debidamente, lleve a buen término el proyecto de fundar otro Montepío de Toreros en Méjico, y si tal ocurre, como el motivo de la creación de la supuesta nueva entidad habría sido una medida injusta de la que se pretendió hacer víctima a Manolete, no será imposible, ni mucho menos, que el presidente de tal Montepío sea Manolete. Y se daría el curioso caso de que el Montepío de toreros españoles estaría presidido por un mejicano, y uno de los toreros mejicanos por un español. Esto, aunque otra cosa pueda parecer a primera vista, no es ninguna tontería y redundaría, seguramente, en beneficio de las cajas de ambas instituciones benéficas.

Tal suceso taurino, sin duda el más interesante de la actual temporada mejicana, habrá de ser comentado más ampliamente cuando se tengan más elementos de juicio; pero, como queda dicho, parece indudable que la sanción no se ajustó a la justicia.

El viernes, día 15, se inauguró la Peña Taurina de Tetuán de las Victorias, Peña que preside don Mariano Ramos. Asistieron al acto, entre otras personalidades, el doctor Zumel, Vicente Pastor, Antonio Bienvenida, Valencia III y los novilleros Vicente y Eleuterio Fauró.

El sábado se dió la anunciada corrida en la Monumental de Méjico. Y toreó Manolete mano a mano con Silverio. El acuerdo de la Unión de Matadores de Toros y Novillos no sirvió de nada. Lo lamentable fué que los toros de Torrecilla salieron mansos y ninguno de los matadores pudo lucirse.

Emilio García Rojo, cronista tau-

rino de Ya, pronunció el sábado una conferencia en el Club Taurino Madrileño. El tema elegido fué «La fiesta de los toros como espectáculo». El conferenciante hizo un acertado y profundo estudio de lo que fué y es la fiesta nacional, y a continuación expuso lo que, a su entender, debe ser nuestra fiesta.

Ocuparon la presidencia don José María de Cossío, el señor Videgain, don Manuel Mejías, Antonio y Juan Mejías, Vicente Pastor, Marcial Lalanda, Domingo Ortega, Morenito de Talavera y Rafael Llorente.

García Rojo fué interrumpido diversas veces por los aplausos del público, que llenaba totalmente el amplio salón del Club, y al final de su disertación, felicitado, muy justa y calurosamente.

El domingo, día 17, también en los locales del Club Taurino Madrileño, se celebró el anunciado homenaje a Vicente Pastor. Muchos toreros, muchos aficionados y gran número de escritores y periodistas. Más de doscientos cincuenta comensales.

Don José María de Cossío ofreció el homenaje. Hizo una semblanza acertadísima de Vicente Pastor y un certero resumen de lo que es y representa el toreo castellano. Seguidamente, el señor De Juan leyó un soneto dedicado al homenajeado. Don Antonio Díaz Cañabate pronunció una charla originalísima y llena de auténtica gracia, en la que relató diversos episodios de la vida de Pastor. A continuación, Felipe Sassone hizo un cumplido elogio de la figura del homenajeado. Vicente Pastor leyó unas cuartillas para dar las gracias. Tan hondamente sentía lo que dijo; tan sinceras eran sus palabras y tal su emoción, que a duras penas pudo tener inas la lectura de sus cuartillas, y cuando lo consiguió, tuvo que secarse las lágrimas que en abundancia corrían por su cara.

El domingo, día 17, se inauguró la temporada taurina en Cádiz y en Lorca. En Cádiz, Juan Belmonte y el duque de Pinhermoso rejonearon sendos novillos. Los dos cortaron orejas. En lidia ordinaria actuaron los hermanos Domingo, Pepe y Luis Miguel Dominguín. Este cortó oreja. Los novillos eran de la ganadería de Conradi. En Lorca, Alvaro Moya y José Moreno lidiaron novillos de Raúl Larios.

En Méjico, Plaza de El Toreo, lidiaron el domingo toros de Felipe González, Manolete, Pepe Luis Vázquez y Luis Procuna. Manolete cortó las orejas y el rabo de un toro y dió la vuelta al ruedo en el otro. Pepe Luis cortó las orejas y el rabo de uno de sus toros y hubo petición de oreja y vuelta al ruedo en el otro. Procuna cortó orejas y rabo en uno y dió la vuelta al ruedo en el otro. Los tres matadores dieron juntos varias vueltas al ruedo, alguna de ellas con el ganadero, y fueron sacados en hombros. ¡La mejor corrida de toros que se vió en Méjico! Manolete, Pepe Luis y Procuna.

El Estudiante y Arruza torearon, el día 17, en Lima, dos toros de La Punta (de Méjico) y cuatro de Ferrandini (de Perú). El Estudiante cortó una oreja del primero. Arruza cortó las dos orejas y el rabo del segundo, fué multado por matar al cuarto toro sin hacerle faena y oyó muchos aplausos por la faena que hizo al sexto.



Arriba: José María de Cossío.—Abajo: Silverio Pérez



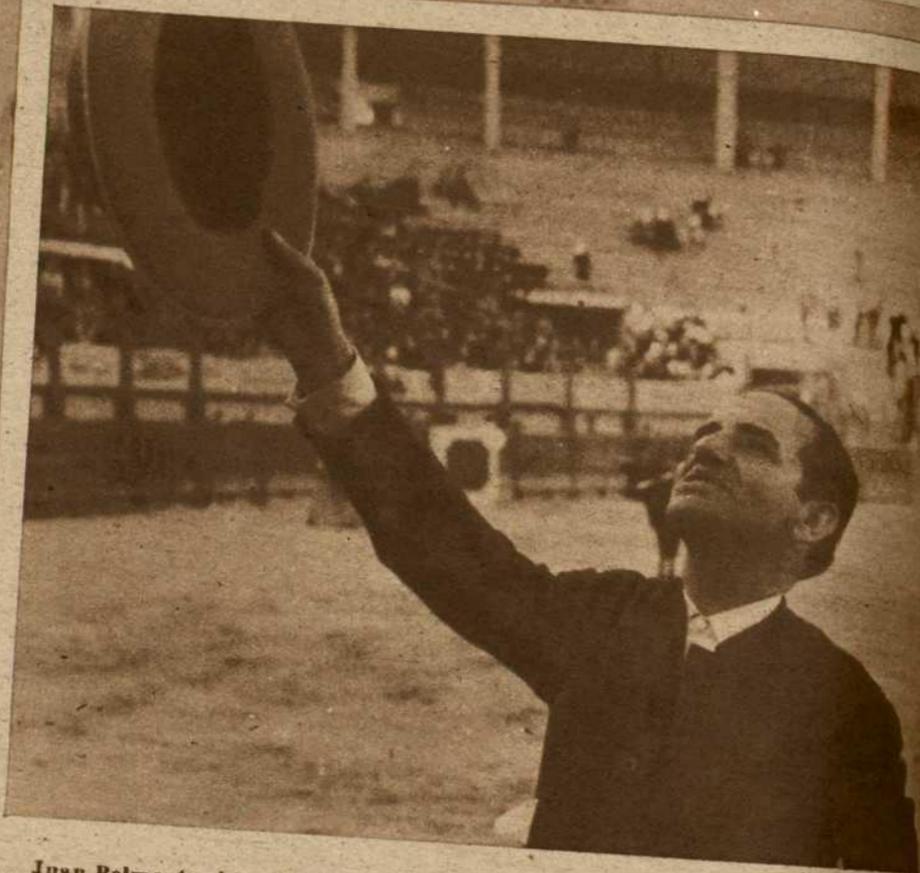
FESTIVAL



El duque de Pínohermoso, en su turno, clava airosamente un rejón



El arte de caballista de Juan Belmonte también alegró el festival de inauguración de la temporada. En las fotos: dos momentos de su intervención



Juan Belmonte, después de rejonear, echó pie a tierra. Aquí le vemos en el momento del brindis



Belmonte en un ayudado por alto.—Abajo: Domingo Dominguín en un muletazo por bajo



Película del

EL domingo, en Cádiz, quedaron virtualesmente abiertas las puertas a la temporada que llegaba apresuradamente.

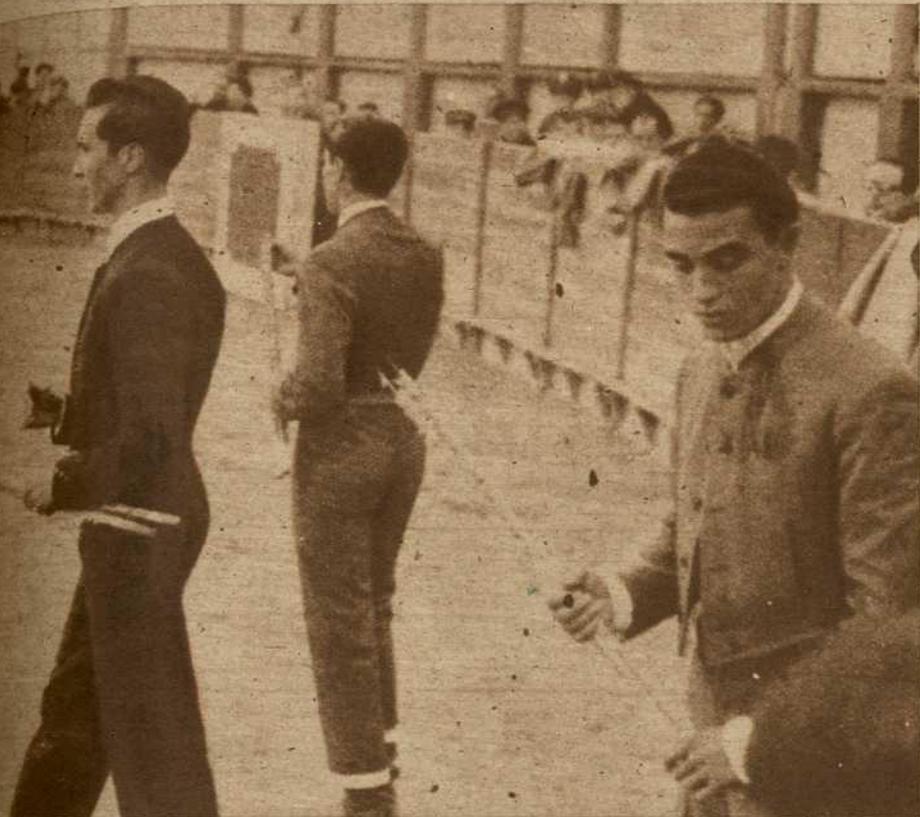
Fue un festival en el que se lidiaron novillos de Conradi por el duque de Pínohermoso, Juan Belmonte y Domingo, Pepe Luis Miguel Dominguín.

Buen cartel para abrir boca, porque principió con un alegre caracoleo de los caballos llenos de maestría por el duque de Pínohermoso y Juan Belmonte. Ambos hicieron proezas, especialmente el ex matador, que siguió siendo tan bueno como la jineta como pie.

Después de suerte de rejoneo los caballistas echaron mano a muleta y el estoque

y ta
cler
blic
ellos
sus
D
mar
tor
ello
y la
nuó
cau
com
D
muy
ta
estil
tico
P
do
cior
P
Mig
mo
t a
apl
cor
al
N
ne
lo
m
bar
das
fue
sim

EN CADIZ



Los hermanos Dominguín dispuestos para intervenir juntos en el tercio de banderillas (Fotos Mari)



Juan Belmonte, desde el burladero, sigue las incidencias de la lidia.—Abajo: Los tres hermanos Dominguín, que actuaron en el festival de Cádiz

del festejo

y tan bien lo hicieron, que el público pidió para ellos las orejas de sus enemigos.

Después, los hermanos Dominguín torearon como ellos saben hacerlo y la corrida continuó por los buenos cauces que había comenzado.

Domingo toreó muy bien de muleta y mató con su estilo característico.

Pepe hizo de todo y fué muy ovacionado.

Por último, Luis Miguel actuó como en sus buenas tardes, siendo aplaudidísimo y cortando las orejas al novillo.

Ni que decir tiene que, actuando los hermanos Dominguín, hubo banderillas de todas clases. Los tres fueron ovacionadísimos.

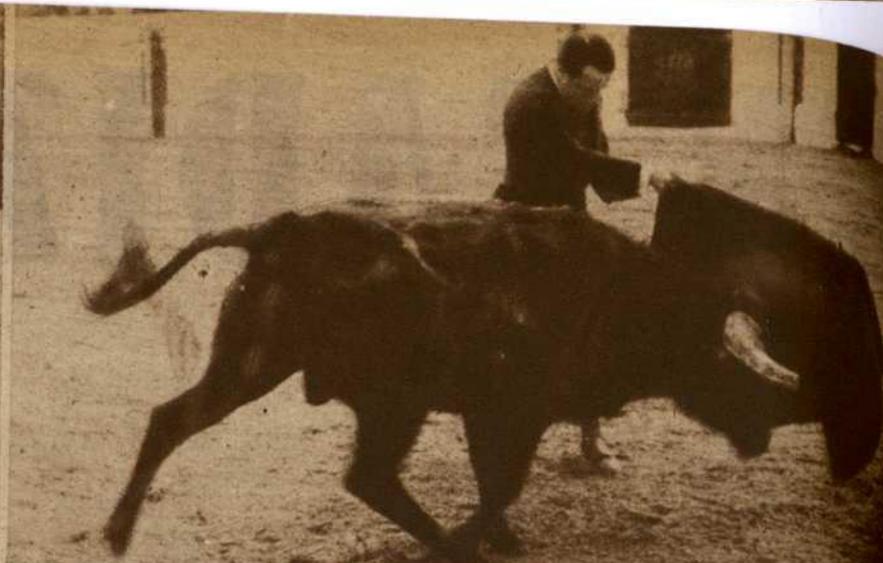


Pepe Dominguín rematando un quite.—Abajo: Luis Miguel Dominguín empieza la faena sentado en el estribo

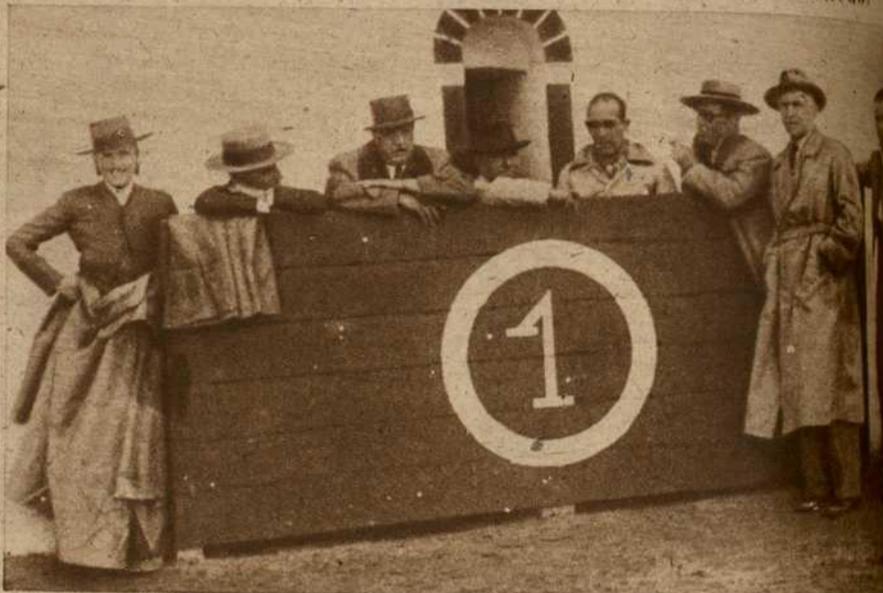




Arriba: Conchita Cintrón, que echó pie a tierra, remata, con su gracia característica, una de sus intervenciones con la capa, a la media verónica. — Abajo: Conchita Cintrón y Juan Belmonte hacen el paseíllo y abren plaza al dar comienzo al festejo



Juan Belmonte toreá de muleta y deja su personalísimo estilo y arte en este pase ayudado por alto (Fots. Figueiredo)



Conchita Cintrón, Belmonte, Victor Riveiro, Manolo Belmonte, Lalandá, el ganadero Froes, Cabezas y Procopio, en un descanso

FESTIVAL TAURINO A PINARES LUS



A un centenar de kilómetros de Lisboa, en plena «costa del sol», allá donde la campiña agrícola se enlaza con los bosques de pinos marineros, se alza el blanco caserío de Alfeizerão. En sus aledaños, la finca denominada «La Quinta», propiedad del ganadero don José Froes, ofrece ricos pastos a una vaca en embrión.

El hijo del que fué famoso ganadero ha reanudado las actividades de sus mayores. Llevado de un gran entusiasmo por la ganadería brava, viene desde hace algún tiempo dedicándose a una rigurosa selección, con ánimo de colocar muy alto el prestigio de su divisa.

La nueva ganadería está formada con vacas y sementales de Gamero Cívico, de la misma casta de Parlade-Murube.

Con motivo de inaugurar una amplia placita, construída entre frondosos pinares y robledales, el ganadero lusitano, días pasados, celebró una fiesta que dejó grato recuerdo entre los numerosos invitados españoles y portugueses que a ella asistieron.

En primer lugar se tentaron varias vacas que dieron un excelente resultado. A continuación, Conchita Cintrón y Juan

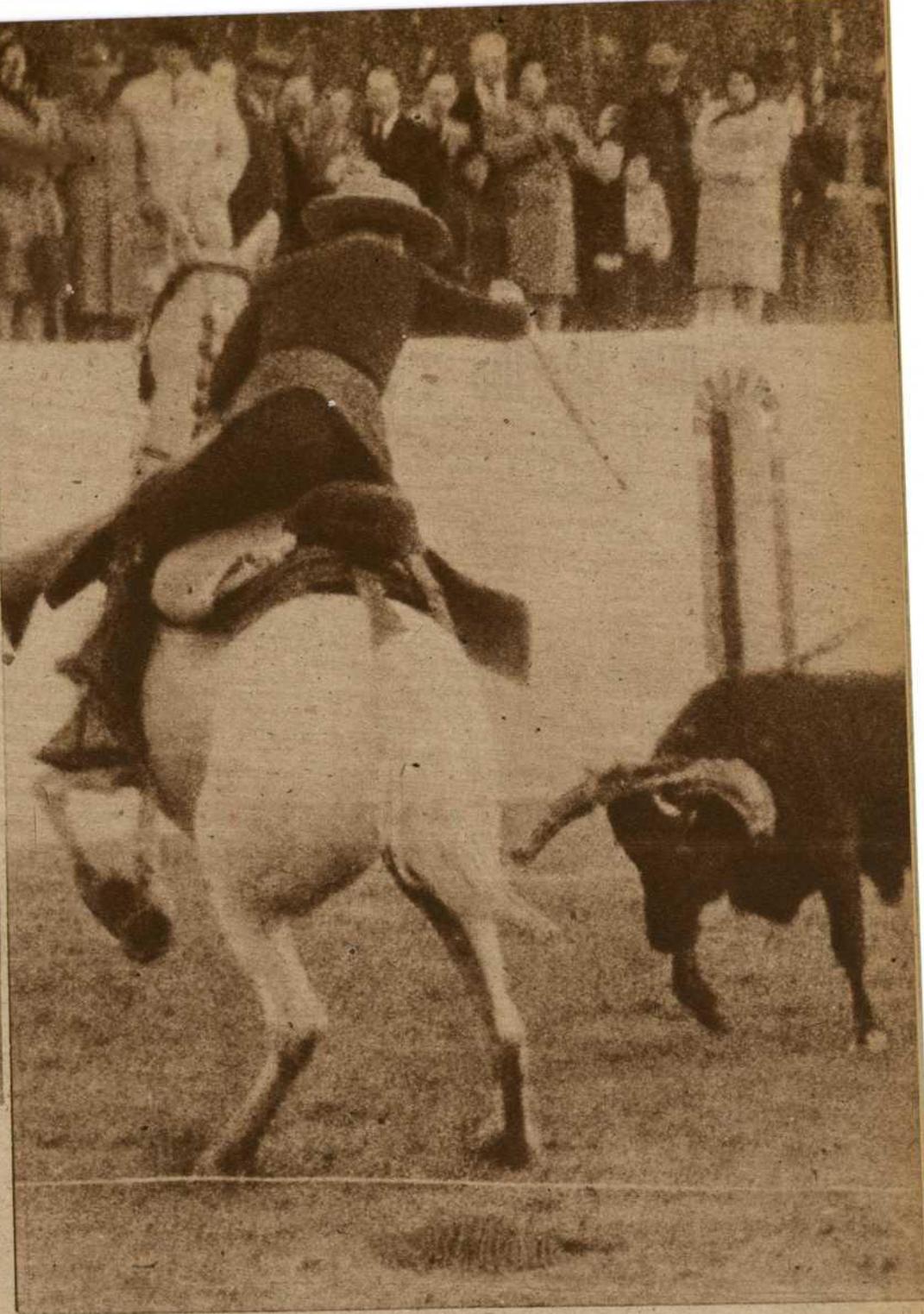
Belmonte
vez n
ballis
rejon
queñ
sultó
este
por y
corri
Camu
Pe
rivo
fuan
ello
Ur
rian
sus
tore
sus
Y
para
largo
de a
de s
demi
arre
que
homo
M
mad
deja
aper
nada



Conchita Cintrón, la gentil rejoneadora americana, en una pasada ante el toro, después de haberle colocado un buen rejón



El nieto del ganadero Pinto Barreiro y el banderillero Procopio acompañan a Conchita en esta vuelta al ruedo entre ovaciones



Juan Belmonte, tan buen rejoneador como torero, se dispone a clavar un rejón en terreno comprometido. — Abajo: Marcial Lalanda, el ganadero Froes, Belmonte, Conchita y el rejoneador Tanganho, reciben las ovaciones de los asistentes

O A LA VERA DE LOS LUSITANOS

tros de
sta del
mpaña
s bos-
se alra
izeran
deno-
piedad
Proes.
vacada

oso ga-
activi-
llevar
er la ge-
de haer
e a una
tmo de
tigio de

stá in-
tales de
na casta

rar una
la entre
ledales
as pasa-
que dejó
s nume-
s y por-
cieron.
tentam
un ex-
ontina
y Juan

Belmonte, en amistosa competencia, pusieron de evidencia, una vez más, su buena escuela de caballistas y su arte soberano de rejoneadores con un toro pequeño de Pinto Barreiro que resultó bravísimo. Por cierto que este astado había sido toreado por Manolete, durante una de las corridas celebrada en el ruedo de Campo Pequeno, el pasado año. Pero la fiesta se puso al rojo vivo cuando la gentilísima peruana toró pie a tierra a un novillo de Froes.

Un segundo novillo sirvió al trianero para poner de relieve sus conocimientos en el arte de torear, con la misma decisión de sus mejores días.

Y Marcial Lalanda, sin duda para no ser menos, pese a un largo período de inacción, hubo de acceder a los requerimientos de sus amigos, y ante una vaca demostró que aun conserva los arreos de admirable lidiador que le hizo conquistar fama y honores.

Miren ustedes por donde el ganadero portugués sirvió en bandeja a sus amigos un magnífico aperitivo de la próxima temporada taurina del país vecino.

F MENDO



A las puertas de la temporada

Acaso surja la pareja de toreros que derribe a los ídolos



Y A está la temporada, como quien dice, asomando la nariz por la puerta del invierno, próxima a cerrarse, y en los medios taurinos reina una desorientación y una incertidumbre desconcertantes. El interés del torero se ha concentrado hoy en torno a sus dos únicas figuras: Manolete y Arruza. Y como la expectación de los públicos y los efímeros financieros de los empresarios giran únicamente alrededor de ellos, su ausencia —quisiéramos creer que momentánea— de los ruedos españoles ha sido causa de que se derribe con estrépito el tinglado taurino, que parecía tan sólido y edificatorio, al faltarle los cimientos de esos dos nombres.

Para los empresarios, sabedores de que no se pueden confeccionar carteles de altura sin que figuren en ellos los nombres del cordobés y el meliceno, es un problema casi insoluble, la organización de las primeras corridas de la temporada, con la premura que imponen las fechas —algunas de ellas próximas— en que han de celebrarse. Los toreros con algún prestigio disponibles para tomar parte en ellas quieren, como es natural, sacar el mayor partido posible de esta situación privilegiada, en la cual les ha colocado la ausencia de las figuras mandonas, y para firmar contratos ponen reparos a ganaderías, suben

los honorarios y exigen puestos decorosos en las corridas de importancia que más adelante se han de celebrar. Y los empresarios no se deciden a atarse a esos compromisos, temerosos de no estar libres de movimientos si inesperadamente se presentan, decididos a torrar, los ausentes, con los que sueñan despiertos ahora, en las noches de sus inquietos insomnios.

Si el alejamiento momentáneo de nuestros ruidos de Manolete y Arruza plantea este inquietante problema a los empresarios, en cambio abre un risueño horizonte de esperanza ante las ilusiones de los demás matadores de toros. Hoy, como ayer, y como ocurrirá siempre mientras el torero exista, estamos cansados de oír, a los que van truncada su carrera por esas múltiples causas —ajenas a su voluntad— que cortan la marcha del torero que camina hacia el triunfo, sus lamentaciones de no haber llegado a ocupar el lugar con que soñaban, porque las figuras mandonas, con sus exigencias y sus imposiciones, les han cerrado el paso.

El año 1910, don Indalecio Mesquera —si hubiera muchos empresarios como él, otra sería la suerte de la fiesta— rompió las relaciones con Bombita y Machaquito por no avenirse a ceder a sus imposiciones y exigencias. El alejamiento de Ricardo y Rafael de la Plaza de Madrid le abrió sus puertas a Vicente Pastor y El Gallo, a quienes las intrigas de la política taurina tenían relegados a un olvido que no merecían, por la calidad de artistas. El público madrileño advirtió en seguida que había en ellos dos grandes toreros, con los que podía sustituir, para satisfacer sus gustos, a los que tanto abusaban de él. Alentó con sus aplausos a aquellos nuevos valores, que venían dispuestos a prestigiar el torero, y empezaron a triunfar plenamente. Al terminar aquella temporada, sus nombres habían figurado en todas las fiestas de toros y estaban consagrados como primeros figuras de la tauromaquia. Tan profundamente lograron acaparar el interés de los públicos, que los ausentes, temerosos de verse desplazados totalmente por Vicente y Rafael, hubieron de darse prisa en ceder a sus exigencias. Al año siguiente de su ruptura con Mesquera, Machaquito rompió el pacto que tenía con su compañero y toreó en la Plaza de Madrid, a la que no tuvo más remedio que venir un año después Bombita, sacrificando puntillos de amor propio al respeto que debía a su prestigio. Por cierto que, pese a los tardes triunfales de su reaparición, se notó bien claramente en el público cierto desvío hacia ellos y una inflexibilidad de juicio, exponentes de que ya no contaban con aquella admiración suya de antes, haciéndolos descender mucho del pedestal de ídolos en el que esta alusión los había colocado. Y es que los otros, a quienes ellos tuvieron postergados, les habían ganado el terreno que tan firmemente pisaban.

Ocurrirá esto ahora? Todas las probabilidades son de que cuando Manolete y Arruza regresen irá por su mitad la temporada. Hasta entonces —como decimos antes— tienen que organizarse bastantes corridas en Madrid y Barcelona y algunas ferias de importancia forzadamente con los toreros que hoy ausen. ¿Saldrá de entre ellos la pareja que logre despertar el entusiasmo de los públicos y acaparar su interés, pudiendo medirse cara a cara con los otros cuando vuelvan, como hicieron Pastor y El Gallo con Bombita y Machaquito? Si, por desgracia para la fiesta, no sucede así, ya no puede hablarse de que ninguno cierre el paso a otro.

DIEGO MARTIN DEL CAMPO

Un caso excepcional

Larita, sin estar restablecido de una grave cornada en el pecho, toreó tres corridas

DURANTE la temporada taurina del año 1945, las tres máximas figuras de nuestra fiesta resultaron lesionadas en su peligrosa profesión. Aparte de los sufrimientos materiales, han tenido perjuicios económicos, como asimismo el trastorno que ocasionaron a las Empresas estos hechos imprevistos, pues tuvieron que variar rápidamente programas de ferias en los que estos matadores eran la base principal.

Esto es el motivo de recordar lo ocurrido al popular torero malaqueño Larita, cuando él solo se comprometió con seis toros de la ganadería portuguesa de Palha.

El 23 de mayo de 1920 —pocos días después de la muerte de Joselito— se celebró en la Plaza de Toros de Vistá Alegre una corrida de toros de la ganadería de Palha, en la que el único matador sería Matías Lara, Larita.

Este, risueño y jovial como siempre, hizo el paseo con la montera en la mano, pues el público aplaudió el rasgo.

En su segundo toro fué donde le ocurrió la grave cogida. Era un toro gordo y bravo, que se arrancaba fuerte. Al entrar a matar con el toro adelantado, éste se le arrancó rápido, metiéndole el cuerno por el pecho, al mismo tiempo que Larita le hundía todo el estoque en el alto. Ambos se hirieron a la vez. Aun no había entrado Larita en la enfermería, cuando rodaba el toro en el centro de la Plaza. Al torero se le concedió la oreja.

Una cornada grande con mucha suerte, pues no interesó ningún órgano importante.

A los siete días justos de sufrir este cornalón, y cuando, según sus amigos, no debía salir de su casa ni para pasear, se viste de torero. Una corrida de Salas, en Aranjuez, con El Gallo y Torquito, es el compromiso. En esta corrida, Larita puso banderillas, dió a uno de sus toros una estocada enorme que, apenas terminó la suerte, rodó el toro a los pies, como una pelota, del despreocupado Larita. Le concedieron la oreja, le hicieron dar la vuelta al ruedo, lo que costó a Larita más trabajo que matar al toro. Andaba encojido por el ruedo, sufriendo a cada momento el dolor de la herida abierta.

A los tres días —el miércoles siguiente— toreó en Bilbao. Toreó como siempre, cerca y confiado, y una de las veces el bicho le engancha y lo deja en mangas de camisa. Al entrar a matar, sale otra vez cogido y volteado. Larita se agarra a la cabeza y a las patas del toro, pero no impide que el toro le hiera en la cara. Le dan la oreja, y una gran ovación le acompaña hasta la enfermería.

Una herida en la cara, desde cerca de la boca hasta el pómulo. Sufre la cura sin commoverse y bromeando con los médicos. En la herida tuvieron que darle varios puntos, teniendo los médicos que recomendarle que guardara silencio, pues no dejaba de hablar y dificultaba la operación.

Inmediatamente de curarlo, salió Larita para Madrid, puesto que a los cuatro días tenía que torear en Palma de Mallorca. Sin estar restablecido de la cornada en el pecho, con la cara llena de gasas y esparadrapo, Larita se disponía a recorrer más de mil kilómetros de viaje para torear otra corrida.

A su llegada a Madrid, se le hizo una detenida cura de las dos heridas. Y salió para Palma de Mallorca, despreocupado, como siempre.

A Larita parecía que todo le tenía que salir mal en aquellos días. Pocos minutos antes de comenzar la corrida en Palma, se recibió un telegrama de Luis Freg, desde Valencia, en el cual comunicaba que había perdido el vapor y que se disponía a salir en aeroplano.

Otro problema en puertas. Luis Freg y él eran los únicos matadores; pero Larita comunicó a la Empresa «que él iría matando toros hasta que llegara el otro matador».

Y Larita mató los cuatro primeros toros con un valor extraordinario. Sin darle importancia, despreocupado, como siempre, de lo que le pudiera pasar. Por fin, llegó Luis Freg al quinto toro, acompañado del aviador Guarnieri.

—¡Ya está bien, Larita!—le decían desde el tendido.

Y Larita, sonriendo, replicaba:

—Hasta que quede deshecho a cornadas, seguiré toreando.

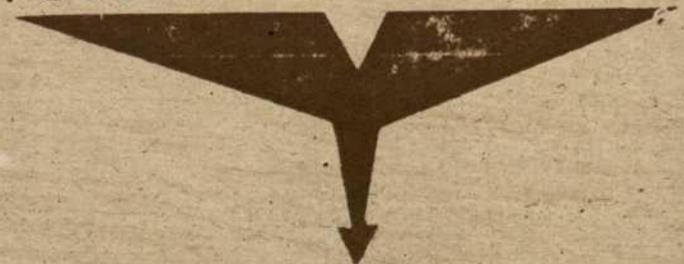
RAMON LEBRERO

Y
MACHARNUDO

Inocente
es el vino para copiar

VALDESPINO
JERSEY

ACEYTE YNGLES



PARASITO QUE TOCA... ¡MUERTO ES!

C. S. 150



UN TORERO RIOPLATENSE

Manuel Díaz, Torerito de Málaga, fué el primer torero argentino

Tomó la alternativa el año 28, en Málaga, y fué su padrino Chicuelo

Su hermano José organizaba en Buenos Aires corridas de toros



ROVIRA, contrariamente a lo que muchos suponen, no es el único torero argentino en los anales de la fiesta. Antes que Rovira hubo un torero de alternativa, que fué famosísimo como novillero, allá por el año 1926, que se llamaba Manuel Díaz, y al que los aficionados le conocían como Torerito de Málaga, en España, y como Torerito de Buenos Aires, en la Argentina, donde nació el 8 de mayo de 1903 de padres españoles.

Pudo ser circunstancial que Manuel Díaz naciera en Buenos Aires, pero lo cierto es que él mismo nunca perdió su nacionalidad argentina. Lo que hoy supone que Rovira, novillero rioplatense, no sea el único torero argentino que haya existido, tal y como nos lo han querido presentar. Como único.

Claro que único, si nos hemos olvidado de Torerito de Málaga o de Buenos Aires, que fué un torero finísimo, de extraordinario cartel en Madrid y en toda España, y al que las cogidas le alejaron demasiado pronto del triunfo.

Manuel Díaz, joven aun y con afición, sigue en activo como banderillero. Hace unos días charlábamos con él y con su hermano José, organizador de corridas de toros por Buenos Aires. Organizador y banderillero ayer también. Un buen tipo taurino, con carácter y con vitola, que tiene su historia. Hoy hablaremos algo de él, aunque haya sido su hermano, el torero argentino, el punto fuerte de la charla.

—¿Muchos años en los toros?

—Debuté el 25 de julio de 1920, en Antequera, alternando con Limeño y Josele.

Manuel Díaz no nos dijo que triunfó en aquella novillada, y en otras muchas. Pero no hacía mucha falta la referencia, porque el 10 de septiembre de 1926 debutó en Madrid con novillos de la viuda de Soler, alternando con Félix Rodríguez y Cagancho. Fué la tarde de la gravísima cogida de Cagancho. Félix Rodríguez y Manuel Díaz alcanzaron un éxito extraordinario, saliendo en hombros. Volvió a torear al domingo siguiente, con igual éxito de clamor, y el 13 de mayo de 1927, el 31 del mismo mes y el 14 de agosto, resultando cogido por un novillo de Mandin. Por aquella fecha, Torerito de Málaga, o de Buenos Aires, había sufrido dos o tres cogidas gravísimas. En Bilbao, toreando con Fortuna Chico y Gitanillo de Triana, un toro de Pedraja le caló muy hondo. Manuel Díaz, novillero de postín y del mayor cartel el año 26 y 27 —toreó entonces cuarenta corridas por temporada—, llegó a la alternativa castigadísimo por los toros. Posiblemente, influyó esto en el descenso del muchacho, que tenía el cuerpo materialmente cosido a cornadas, y que el 8 de abril de 1928 recibía en Málaga la alternativa, siendo su padrino Chicuelo, y testigo, Ravito. El tore-

ro argentino, en esta temporada, toreó en Lima, Venezuela, Ecuador y Colombia. Donde volvió a la temporada siguiente, quedándose por aquellas tierras dos años.

—¿Cuando regresó de nuevo a España, ¿toreó ya poco?

—Sí. Los toros no me respetaron. Así pasaron algunos años, y el 38, en plena guerra, toreé diez corridas en Francia. Y en la temporada del 39 me corté la coleta en la Plaza de Valencia. Quiero decir que dejé la muleta y la



Manuel Díaz, el único matador de toros de alternativa argentino, acompañado de su hermano José



Manuel Díaz, Torerito de Málaga, en una estocada, en la corrida de su alternativa en Málaga. (Fotos Manzano)

espada por los rehiletes. Como banderillero me presenté en Madrid el año 40, a las órdenes de Gallito, cuando Rafael —por cierto, padrino de un hijo mío— tantos y tantos triunfos alcanzaba.

—En la actualidad, ¿a las órdenes de qué torero está?

—Del novillero Sumer Galván.

—¿Siéntee nostalgias de su tiempo de matador?

—Lo único que siento es no haber nacido más tarde, para vivir la actual época del toro.

Hay una pequeña pausa, que aprovechamos para hacer un giro en la charla y entablar el diálogo con su hermano José.

—¿Organizó usted muchas corridas en la Argentina?

—Mire usted —me dice—, se lleva celebrando corridas de simulacro desde hace más de cuarenta años. Yo, desde el año 15 al 25, organizaba unas dos mil, unas veces en el Hipódromo de San Martín, La Plata, en el Azul y en la Ciudad Rural, donde está el Velódromo, y donde también actuaron Llapiserá y su troupe. En todos estos sitios se celebran las corridas, y en otros muchos en ocasión de la fiesta del Coso blanco, que es una fiesta de barrio, que se celebra con mucha frecuencia.

—¿Mucha afición en la Argentina?

—Yo he conocido una gran afición. Y buena muestra de ello son los numerosos vapores que salen de la dársena Azul, atravesando el río de la Plata, para ver corridas de toros en la Plaza Real de San Carlos, que es igual a la Plaza de Barcelona, con la diferencia de que la Plaza de San Carlos del Uruguay está rodeada de campos de deportes. Se tardaba en la travesía cuatro horas, y el pasaje costaba cinco pesos, incluido el té a bordo.

Allí se veían grandes corridas. En la Plaza de San Carlos torearón los dos hermanos Bomba y Fuentes.

—¿Algún dato curioso de sus correrías taurinas por Buenos Aires?

—Recuerdo muchos. Pero el caso que más me llamó la atención ocurrió en Buenos Aires, y que formaba la afición por aquellas tierras. Y el caso es que en una de las corridas celebradas en Buenos Aires se tiró al ruedo un espontáneo, un chiquillo que soñaba ser torero. El dato es bueno. Y, sin embargo, allí es muy difícil llegar a ser torero. Por una razón: por que no hay ganado bravo.

Más tarde, José Díaz nos contaba otras muchas cosas. Otro día hablaremos de ello. Hoy nos bastará con señalar la presencia del primer torero argentino, Manuel Díaz, conocido en España por Torerito de Málaga.

CRUZ ERNESTO FRANQUET

HACIA EL ABARATAMIENTO DE LA FIESTA NACIONAL

El conocido actor puso un par de banderillas a la vaca Fleury, lo que no logró Gaona



ES probable que mis lectores no sepan quién es José Álvarez; pero es seguro que todos conocen a Lepe, actor de gracia singular, hombre simpatiquísimo y torero aficionado de un valor indudable; José Álvarez es Lepe.

Yo no he preguntado a Lepe si hubiera preferido a su brillante carrera en la escena llegar a la alternativa taurina. No se lo he preguntado porque no hace falta. Habla de la fiesta taurina con tan encendido entusiasmo, y recuerda con tal fervor sus contadas intervenciones en el ruedo de la Monumental de Barcelona, que no es precisa la pregunta. A Lepe le hubiera gustado ser torero; lo que no le agradaba era la lucha que hay que sostener para conseguirlo, porque es hombre pacífico, poco dado a disputarle a nadie el puesto. Quizá por esto no le fué difícil llegar a Ricardo Torres y a otros que tras él llegaron a las Plazas con propósito de colocarse en los primeros puestos del escalafón taurino.

Belmonte, por ejemplo, no sabe cuánto tie-

ne que agradecer a Lepe la decisión del actor de no interponerse en el camino de nadie. Si Lepe hubiera pensado de otra manera, está en lo posible que ahora, al hablar de innovaciones trascendentales en el toreo; el nombre de Lepe fuera delante del de Juan, y a éste se le considerase como continuador —no creador— de una escuela. Porque es el caso que la concepción que Lepe tiene del arte de torear es idéntica a la que hizo realidad el Pasmó de Triana. Quiso el destino que fuera Juan Belmonte y no Lepe quien revolucionara el toreo, y, cosa nada corriente, José Álvarez no guarda rencor por ello a Terremoto. Muy al contrario. Cada vez que Lepe veía triunfar a Juan, se gozaba sincera e íntimamente con el triunfo del lidiador, y para celebrarlo llegaba a las más extremas muestras de júbilo. Y no porque fuese su torero, que eso mismo le ocurría a gran parte del público de entonces, sino porque el toreo de Juan era el suyo: el que él había concebido y soñado. Que no es lo mismo, naturalmente.

Se dirá que una cosa es tener un ideal y otra realizarlo. A Lepe no se le puede acusar de haber sido únicamente teórico. Cuando la ocasión se le ha presentado, demostró que era un hombre valeroso, dispuesto a afrontar cualquier riesgo.

No sé si serán muchos los aficionados que recuerden la historia de la vaca Fleury. Para los que no la recuerden o no la sepan, diré que la vaca Fleury era la única a la que no se atrevían a lidiar los aficionados que pretendían ejercitarse en cierta escuela taurina



Lepe nos sigue el momento en que el aficionado se duele del precio de la localidad y lo hace voces hacia la presidencia (Fots. Martano)

Pero él piensa que el pequeño de la montera ha de ser torero, entonces no le parece mal el tamaño de los toros. Pero para entonces...

de Madrid. Tantas veces había sido toreada, como digo, llegó tiempo en que todos se negaban salir al ruedo cuando ella se encontraba en el ruedo, según aseguran, se colocaba en el centro de apollo y —no respondo de la autenticidad del dato— hasta llegaba a tajar de cobardes a los aprendices de toreros; que la miraban asustados. Como los toreros no respondían al insulto, escupía despectivamente y decía después al encargado del chiquero: «Abre el portón, Felipe. Me vuelvo al corral».

aquí no hay nada que hacer. Es una vergüenza».

Un día llegó a la escuela taurina Lepe acompañado por unos amigos. Le hablaron de Fleury. José Álvarez sonrió y pidió que sacaran la vaca. La esperó con el capote plegado. Fleury, acostumbrada a ver el ruedo limpio, de aficionados, quedó suspensa. Fué a embestir y no pudo. Lepe había escupido despectivamente. Era un reto. Hasta nueve veces se vió burlada después por el sabio capote del maestro. Se acostó rendida, y aseguraron —tampoco respondo de que

JOSE ALVAREZ, LEPE, SE CONFIRMARÁ CON VER LAS CORRIDAS DESDE LA ANDANADA

Ha estoqueado en Barcelona becerros que tenían el tamaño de los toros de hoy

sucediera exactamente así— que dijo: «Felipe, ya me podéis llevar al matadero». Efectivamente, aquella fué la última vez que la famosa vaca salió al ruedo de la escuela taurina.

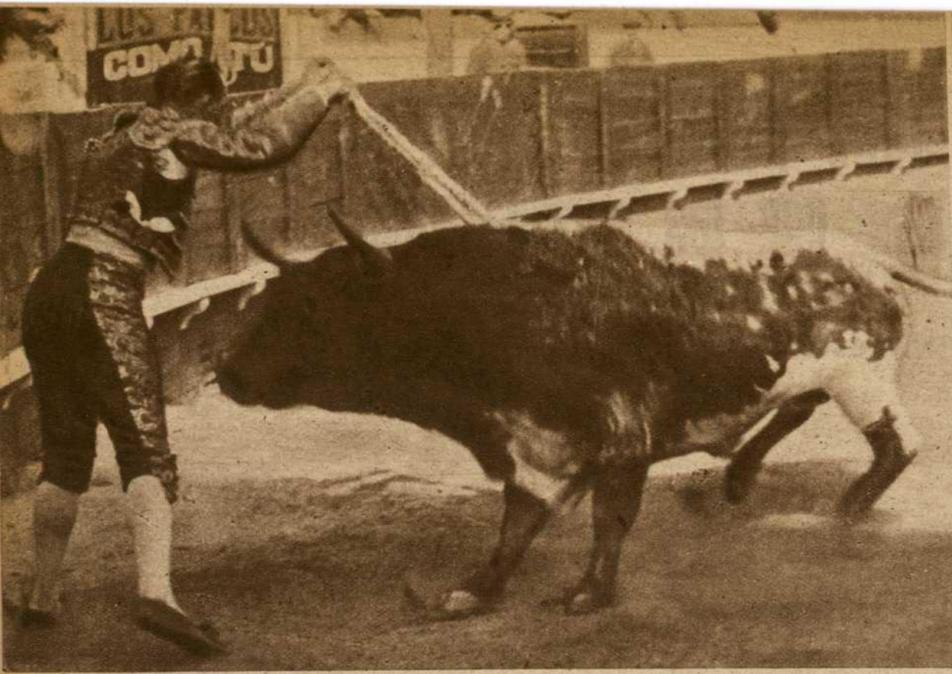
Lepe ha actuado en diversas ocasiones en Barcelona. Siempre en festivales a beneficio de los guardias municipales. Extrañará que José Álvarez busque la protección de los representantes de la autoridad cuando actúa como torero. Lo que sucede es exactamente lo contrario: que los guardias solicitan el concurso de Lepe porque saben que cuando el torea no se producen conflictos de orden público. Esto aclarado, digamos que en una de dichas corridas quisieron los organizadores embromar al gran actor, y para ello, en vez de soltar el becerro que había de lidiar, dieron suelta a un sobrero de corrida de toros, al que Lepe toreó con el capote colosalmente. Lo natural era que le aplaudieran con entusiasmo. Sucedió lo contrario: le silbaron y le dijeron que era un suicida. En otro festival fué el único matador, de los anunciados, que dió en tierra con el novillo. Los otros «se rajaron» porque, en vez de becerros, lo que prepararon los organizadores del festival fueron novillos grandecitos.

El parecer de Lepe sobre el abaratamiento de la fiesta nacional queda bien claro en lo que copio a continuación y que el actor me dió de corrido y sin apuntador: «Tengo un traje de torero, un sombrero ancho y una capa. He tomado parte en muchas encierros en cortijos andaluces, y he puesto un par de banderillas a la célebre vaca Fleury.

cosa que no consiguió Rodolfo Gaona. Claro que esto me costó dos palizas: una que me dió la vaca, y otra que me dió mi padre al verme llegar a casa con el traje nuevo hecho unos zorros. Hé matado, en becerros benéficas, toros tan grandes como los que he visto torear en Madrid durante la pasada temporada. Tengo el libro de Cossio, y compro todas las semanas EL RUEDO. Después de todo esto, supongo que nadie dudará de que soy un buen aficionado y que entiendo de toros. Pues bien: si los ganaderos siguen haciendo pagar los toros al precio que se les antoja, sin otra razón que justifique ese precio; si los toreros exigen veinte mil duros por corrida —¡todos tienen prisa en comprarse el cortijito!—, y si el verdadero pagano —ya usted me entiende— hace cola para comprar entradas... ¿qué quiere usted que le diga? Yo, que he sido siempre un hombre «entendido», para la próxima temporada me tendré que conformar con una andanadita. Y nada más, querido amigo.»

BARICO





Ignacio Sánchez Mejías, en uno de sus famosísimos pares, en los que no se sabía qué apreciar más: si la precisión o el riesgo.

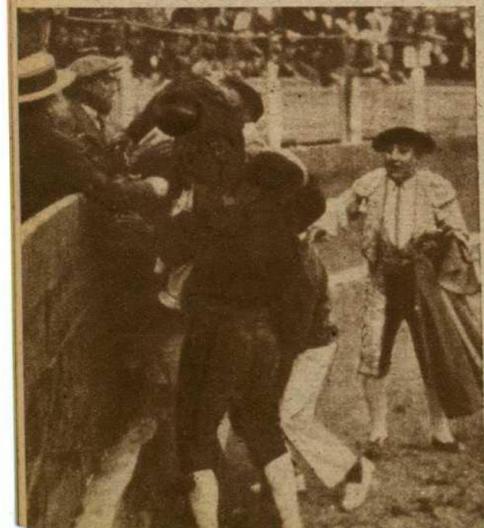
Vocación, aventura, triunfo y muerte de IGNACIO SANCHEZ MEJIAS

(Continuación.)

ESTANCIA EN ESPAÑA Y RETORNO A MEXICO

En 1911, cuando Ignacio Sánchez Mejías regresa a España, actúa como banderillero. Corchaíto, con quien vino de Méjico, lo lleva en su cuadrilla. Terminada la temporada taurina en España, se le presenta a Sánchez Mejías el dilema de seguir al lado de Corchaíto y embarcar con él para ir de nuevo a tierras de América, o quedarse aquí, entrenándose donde pueda y como pueda a lo largo del invierno.

Torero valiente, todo genio y corazón, sufrió graves heridas. En la foto, Sánchez Mejías es conducido a la enfermería, después de un percance



Se encuentra a gusto en España, es cierto. Mas su inquietud le hace prever que se aburrirá durante los meses en que no hay aquí corridas de toros. Además, el matador le insiste para que vaya con él a Méjico. Y se va.

De nuevo Sánchez Mejías en Méjico, reverdece amistades que allí hiciera, y gana muchas más, porque su aire aseñoritado, su facilidad de conversación, y su caballeroso modo de ser le hacen simpático a las gentes y lo elevan sobre el nivel de algunas tertulias frecuentadas por toreros menos pulcros en la presencia y en la frase.

Todos cuantos le tratan coinciden en que Sánchez Mejías es hombre inteligente, muy atento a las conversaciones de las personas más cultivadas y siempre afable con todos, sin mostrarse por ello sumiso a todas las opiniones ni condescendiente con cuanto él no estime justo.

—Tiene usted un criterio rígido de la fiesta—le dice un día un aficionado a quien acaban de presentarle.

Ignacio responde: —Se juega mucho el torero en la Plaza para tomar esto como un pasatiempo en el que sean posibles los cambios y recambios en el punto de vista.

Este carácter que está denotando Sánchez Mejías cuando es aún tan joven, se va perfilando cada día más, y se concreta rotundamente a una edad en que no es todavía habitual tal entereza de opiniones y de criterios.

Sánchez Mejías, después de actuar como rehiletero durante dos temporadas, piensa de nuevo en presentarse como matador.

No le falta ambiente propicio para su propósito. Tiene simpatías, y tiene, sobre todo, una aureola de valor sereno y de conocimiento del toro de lidia.

En la Plaza de Toros de Méjico sale Ignacio Sánchez Mejías a torear dos novillos en una corrida mixta, en la que mata cuatro toros el sevillano Rerre. Es el día 12 de marzo de 1913.

Parece ser que a Sánchez Mejías le aplaudieron mucho su valentía y que no defraudó a quienes le auguraban un espléndido porvenir en el difícil arte de lidiar feses bravas; pero el éxito no debió de ser



tan rotundo que le asegurase va en un puesto de novillero.

En unas manifestaciones hechas a un periodista muchos años después, en las que Ignacio recordaba aquella corrida en la Plaza de Méjico, decía lo siguiente:

«Es indudable que yo tenía a mucho público de mi parte, y que este público estaba deseando aplaudirme. Yo tenía que darles ocasión para ello, aunque reconozco que no estaba en el ruedo lo bastante seguro y que andaba un tanto preocupado, tal vez por la indolencia del ganado y también porque yo no había ido de repente a esa función, sino después de meditar mucho si debía o no intentar aquella posición.»

Poco después vuelve Ignacio. Sánchez Mejías a España.

Otra vez como banderillero actúa en varias Plazas, unas veces con Cocherito de Bilbao y otras veces con Machaquito.

La fama de peón valiente que en Méjico ha ganado Sánchez Mejías se extiende también por España y lo pone de nuevo en la legítima ambición de actuar como matador.

EN LA PLAZA DE MADRID Y EN LA DE SEVILLA

El quiere que su presentación como novillero en España se celebre en la Plaza de Toros de Madrid. Sabe bien que es la Plaza de más categoría. Y le gusta, además, de ella su empaque y su vistosidad, su alegría y su anécdota.

—Esta es una Plaza trascendente—dice él la víspera de la corrida.

En el cartel figuran Larita, Luis Suárez, Magritas, e Ignacio Sánchez Mejías. Los novillos son de Villalón. Y el calendario marca la fecha del 7 de septiembre.

Nuevamente es su valor lo que arranca los aplausos más entusiastas. Sánchez Mejías no consigue un triunfo como estilista, pero sí logra que el público coincida en esta frase, que va de tendido en tendido, como irá, horas después, de café en café: «¡Es un valiente!» Y por añadidura, unos pares de rehiletes que ha puesto con una gran maestría le acreditan ya para siempre como un banderillero extraordinario.

Y emparejado con Magritas, con él actúa en Barcelona en dos funciones consecutivas. En ellas es también aplaudidísimo, y confirma esa aureola de torero muy valiente que le acompaña desde que vistiera por primera vez un traje de torero.

Algunos aficionados creen que, pese a ese valor, Sánchez Mejías no llegará a ser una primera figura del toreo, porque para ello le falta calidad en la ejecución de las suertes.

Peró otros dicen que esa calidad la adquirirá a medida que vaya toreado más corridas, porque no es un torero rudo y cerrado a la técnica de la lidia, sino presto a dominarla con inteligencia y voluntad.

Y éste es el ambiente, tan contradictorio, que rodea al torero sevillano al comenzar la temporada taurina de 1914.

Torea en varias Plazas, y en todas ellas sueñan fuertes las palmas, más para Sánchez Mejías. Una tarde, en Córdoba, brinda un toro de Miura a Machaquito, va retirado de los ruedos, que está presenciando la corrida. Sánchez Mejías torea y mata muy bien esa tarde. Las ovaciones son unánimes. Corta la

Ignacio, en un magnífico pase por alto, cuando este torero triunfaba en los ruedos españoles



Fue su cuñado Joselito quien dió la alternativa a que en tiempos fuera su banderillero. He aquí el momento de la ceremonia (Fots. Rodero-Vaquero)

oreja del toro de Miura brindado a Machaquito y da la vuelta al redondel entre un agasajo de buenos cigarros. El espada recién entrado lo felicita, lo abraza y le anima:

—¡Adelante, hombre! ¡Tú eres un torero!

Aliento no le falta. Y lo que quiere ahora es torear en su tierra sevillana. Todo el radioso panorama de Sevilla se le abre en abanico con el aire de su mayor ilusión. ¡Un triunfo en Sevilla! Esto es lo que Sánchez Mejías quiere. Lo que ha querido siempre. Desde que se iba, al salir del Instituto, a jugar al toro.

Se presenta en la Plaza de Sevilla, mano a mano con el Alcalareño, el 21 de junio. Sánchez Mejías busca aquella tarde su éxito mejor y las palmas más encendidas. Valiente y firme en la arena, ese éxito que él busca se inicia tal y como lo quiere. Mas, de repente, toda la ilusión se le rompe en el asta de un toro. La multitud grita empavorecida: «¡Lo ha cogido!» Las asistencias se llevan a la enfermería al herido. Va de jando un reguero de sangre. Lleva una brecha roja en la pierna. Y en el rostro, el coraje, porque en su tierra sevillana no le han visto torear como él quería que lo viesan. Aquel toro de Carvajal le ha dejado como un pelele en mitad del redondel cuando él buscaba el mejor desplante y la más gallarda actitud.

La cornada lo aleja de los ruedos durante varias semanas. Ha sido una mala suerte. Podía haber sido una temporada con mucho mayor número de corridas toreadas. Y aquí acaba de nuevo el capítulo Sánchez Mejías novillero. A la temporada siguiente, sin saber por qué Ignacio reaparece como peón.

—Pero —dicen—, ¿no es éste aquel novillero tan valiente que empezó toreado con Magritas?

Sánchez Mejías no quiere que le hablen de sus tardes de matador de novillos. Lleva muy dentro de sí su desilusión de la Plaza de Sevilla.

(Continuará.)



El traje de luces en el RETRATO FEMENINO



dername estilizado y cinematográfico, como las bellas y atrayentes mujeres que Giráldez utilizó en sus dos lienzos «Pepita» y «Carmela», ya reproducidos en esta plana, que figuraron en la pasada Exposición Nacional y en la Taurina de Zaragoza, o esa otra mujer, una muchachita casi, que Carlos Ruano Llopis nos muestra en su cuadro «Torera», en el que el desnudo se adivina más que se ve —seda sobre seda—, bajo el rutilante y llamativo capote de lujo o paseo, tal vez en interesante contraste con esa otra mujer del pintor Maldonado, «Curra la rondeña», en la que se presenta la belleza vigorosa de una mujer, encantadoramente enérgica, de rompe y rasga, valerosa y altiva, acometedora y a la vez sumisa en una innegable y deliciosa feminidad. Y con todos ellos, algún retrato de este estilo de Romero de Torres, de Azpiroz, Fernando G. de Acilu, con su «Morena y andaluza», interesante mujer en traje campero, y tantos más que completan esta breve reseña, elogio, al fin y al cabo y sin reservas, del retrato femenino, cuando el modelo, la mujer en sí, luce, no sin cierta elegancia presuntuosa, el soberbio y magnífico vestido con que el torero nos regala la vista en el deslumbrante y siempre dramático y españolísimo redondel.

MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS

«Retrato de una dama con traje de torero», cuadro del inmediato siglo XIX, tal vez anacrónico y extemporáneo, con una elegancia forzada y teatral, pero lleno de interés

CUANDO el artista, ansioso de una varia e interesante producción, con la paleta y los pinceles en la mano, tiene ante sí al modelo, casi siempre, en este caso profesional, para realizar un cuadro de tipo decorativo, bien como retrato femenino o como lienzo de sugestivo asunto unipersonal en el que no esté ausente el interés y la belleza, cierta atracción y no poco encanto sugeridor, yendo un poco más lejos del retrato en serie y por encargo, que encierre en sí cierto sentido artístico y una determinada emoción pictórica, lo que pudiéramos llamar cuatro temas interpretativos, se presentan con más asiduidad y frecuencia en la concepción imaginativa y creadora del pintor: la belleza palpitante, vital y deslumbradora del desnudo, máximo exponente y expresión del bello arte de todos los tiempos; la arrogancia majestuosa y señorial de la clásica y lucida mantilla; la riqueza y juego de colores del vistoso mantón bordado, con un falso marchamo de China, y el brillante y decorativo atuendo del torero, francamente ornamental, y en el que parece encerrarse, condensarse más bien, ese hondo sentido emocional de lo heroico y trágico, privativo del espíritu altamente sensible y abnegado del pueblo español. Ahora, cuando en una misión grata y modestamente divulgadora, vamos haciendo desfilar con los nombres de los artistas la serie de obras que, en síntesis marcadamente periodística, recogen la historia un tanto extractada y circunstancial de la pintura que hemos dado en llamar taurina, no sólo en lo que atañe a la lidia, sino en lo que se refiere al toro y al torero, a las relaciones entre ambos y las derivaciones que en la pintura ha tenido y tiene la fiesta nacional, hemos sentido no pocas veces el deseo de detenernos, no sin cierto regusto contemplativo, ante este tema del vestido del torero —seda brillante y oro o plata en bordados, alamares y caireles— que sobre el cuerpo de la mujer, bello arte viviente, adquiere un interés y preponderancia especial. Y así, a lo largo de los tiempos, se van sucediendo estos a modo de retratos, en los que la modelo, en la oírenda indirecta y pictórica de una nueva, picaresca y encan-



«La gorriona», gracioso lienzo del pintor Soria Aedo, lleno de color

«Torera», de Ruano Llopis, en el que la mujer se adorna con el vistoso y llamativo capote de lujo o paseo

«Curra la rondeña», por Maldonado, pintura en la que se presenta la belleza vigorosa y a la vez femenina de una mujer luciendo el traje de luces

tadora coquetería, se nos brinda llamativamente sugestiva y atrayente, en un arranque de españolismo neto, con una soltura en el vestir el traje de luces o el capote de paseo, como si para ella fuera uno más, uno cualquiera, tal vez el preferido, entre las sedas, blondas, terciopelos y encajes de su guardarropa. Ved, si no, en esta plana ese retrato de una dama del XIX, un poco pedante y cursi, no carente por eso de interés, anacrónico y extemporáneo, no más que por el sombrero, excesivamente grande, al gusto de la época, al estilo, exagerado, del picador, en una postura que pretende y quiere ser interesante, con una elegancia forzada y teatral, luciendo llamativamente el bordado tupido y espeso de una chaquetilla torera más dada al adorno que a la realidad de su uso en el peligroso y soleado redondel. Y junto a él, ese otro de «La gorriona», del pintor Soria Aedo, vistoso de color, gracioso de formas y en el que el artista, tal vez buscando los contrastes, fué acaso a presentar el modelo menos apropiado para lucir el traje torero, más dado a mujeres de otro tipo, mo-



E
añ
Y
rev
d votos
trata,
Está,
lo que
la fiest
—T
—No
porque
dor de
gua pr
dad, m
con aq
Marzan
LE
Guita
ve desc
—Me
mundo
por inia
tra fies
—Es
ficho.
—En
lo que
colecti
expend
merosa
pequeñ
Tengo
te ella
Y, por
DO, a
lo ges
Le f
geran
mos t
—Re
cular
chocie
Perea,
publ

AFICIONADOS DE CATEGORIA Y CON SOLERA

ENRIQUÉ GUITART

añora la presencia en la arena del verdadero toro

Y cree que si Belmonte empezara hoy, revolucionaría otra vez las normas del toreo



NUEVO EN ESTA PLAZA

ENRIQUÉ Guitart, el galán de nuestro cine y primer actor de la escena, se encuentra ahora en Madrid; ha venido de Barcelona, que es la ciudad donde tiene ese domicilio tan poco permanente de los artistas, para hacer una nueva película que se rueda estos días. Guitart es, más que un aficionado a la fiesta, uno de sus más fieles

CUANDO LOS CHICOS JUGABAN AL TORO

—Y ¿desde cuándo siente usted la pasión por la fiesta?

—Desde pequeño he sentido una gran afición por los toros, y puedo decirle que las dos grandes pasiones de mi vida han sido el arte de representar y la tauromaquia. A los nueve años había formado una compañía de teatro y una cuadrilla taurina en el barrio donde vivía. Representábamos comedias escritas por nosotros mismos, y jugábamos al toro, pero muy en serio...

—Ya, ya me lo supongo. Esa seriedad que pone la infancia en todas sus cosas.

—Teníamos capotes, banderillas, muletas, estoques de madera... y dos magníficas cabezas de toro. Además de botiquín.

—¿Es que era necesario?

—¡Ya lo creo! Había que emplearlo con frecuencia, porque el que hacía de toro procuraba poner toda su fuerza en el viaje. Por cierto, que para organizar cada corrida se sorteaban los puestos de espada, banderilleros, picadores, y el más denigrante para los Cúchares en ciernes: el de toros. Nadie lo quería para sí, como es natural, y el que cargaba con él lo hacía a maravilla, porque ponía rabia en la carrera para desahogarse.

UN CORTE Y UN PUNTAZO

—Pero ¿ha toreado alguna vez en serio?

—Desde muy jovencito frecuenté una escuela taurina, donde toreábamos reses del Matadero; estaba enclavada en los alrededores de Las Arenas, de Barcelona. También en esta Plaza tuvo lugar mi única actuación como torero en una becerrada organizada por los cuotas que terminábamos el servicio y a beneficio de los huérfanos militares. Pedrucho de Eibar, el gran Pedrito, fué mi peón de confianza; pero mi actuación me dejó como recuerdo una cicatriz, consecuencia de un corte que me produce con el estoque, y un profundo puntazo en la pierna derecha que me tuvo quince días en la cama y con el dolor de la inyección antitetánica.

—¿Y se retiró usted en vista de eso?

—Sí. Ese día me corté la coleta. Anteriormente había gustado también el placer de torar becerros en pleno campo andaluz.

LOS TORITOS DE HOY

—Usted, ¿es torista o torerista?

—Lo que más me gusta de la fiesta es el toro. Yo he visto todavía lidiar magníficos ejemplares, y recordaré siempre una corrida de Palha, en Barcelona, por Pepete, Gavira y Ventolrà, en la que salieron varios toros de bandera, con peso, lámina, bravura y poder.

—Entonces, torista decidido.

—Mi deseo en la Plaza es sentir la presencia del verdadero toro, y me decepciono cuando veo que doblan las manos a los primeros picotazos o hay que dejarles refrescar a cada tres pases.

—Eso pasa ahora mucho.

—Por desgracia, porque yo creo que por ahí vendrá la decadencia de la fiesta si no se procura, por lo menos, estabilizar las condiciones del toro, fijarle unos límites... Unos años más, y, de seguir así las cosas, los toreros harán tantas filigranas ante tan poco enemigo, que acabarán por descubrir el toreo de salón.



SI BELMONTE EMPEZARA AHORA...

—Por lo que dice, veo que no es usted un entusiasta del toreo de estos momentos.

—Hoy se torea de una manera maravillosa, casi increíble. La perfección estética del toreo creo que ha llegado a su grado máximo. Y no conviene pasar de ahí para no caer en el peligro que le he dicho. Estimo que incluso se podría sacrificar un poco la plástica para volver a la lidia del toro bravo, con nervio y poder. En un justo medio, donde se consiguiera emoción dramática y belleza.

—¿Qué figuras admira?

—Manolete, por su toreo señorial y armónico, es para mí el genio; pero no puedo olvidar las dos faenas más grandes que he visto hacer en mi vida a Manuel Jiménez, Chicuelo, las dos en Barcelona. Tampoco puedo olvidar el toreo de capa de Curro Puva. Tuve la suerte de presenciar la vuelta al toreo de Juan Belmonte, y su arte incomparable me hace sospechar que si hoy volviera a comenzar, otra vez revolucionaría las normas del toreo...

PARA LLEGAR A LA PERFECCION

—¿Se ha vestido de torero alguna vez, obligado por su arte?

—Sólo para filmar la película de dos rollos «El torero herido», y para una comedia de Ramos de Castro que estrené en el Infanta Isabel en el año 1935.

—¿Qué partes del espectáculo atraen más su atención?

—La suerte de banderillas me parece una de las más vistosas, y he visto ponerlas a Gaona, Saleri II, Facultades, Barajas... Hoy, los mejores banderilleros me parecen Pepete y Arruza. La estocada es el momento más bello para mí; pero hoy no se practica con pureza. Yo he visto dar formidables estocadas, y los que más me han hecho saborear ese momento han sido Luis Freg, Eugenio Ventolrà, y, ahora, Pepe Dominguín.

—En resumen...

—Que me gustaría que el tipo de toro tendiera a mejorar sus condiciones de nervio y poder, sin ser una cosa exagerada. Con ello, y tal como hoy se torea, habríamos llegado a la perfección de la fiesta.

RAFAEL MARTINEZ GANDIA

devotos. Además, en su film anterior, «Leyenda de feria», interpretó el papel de un matador de toros. Está, pues, justificada nuestra curiosidad por saber lo que este «torero» nuevo en la Plaza opina sobre la fiesta.

—Toreó usted en «Leyenda de feria»?

—No. Ni tampoco hubo necesidad de doblarme, porque mi papel en esa película es el de un ex matador de toros que ha desligado su vida de su antigua profesión. Visto desde un ángulo de modernidad, mi personaje tiene ciertos puntos de contacto con aquel señor del toreo que se llamó don Luis Mazzantini.

LECTOR TAURINO Y COLECCIONISTA

Guitart sigue la fiesta mucho más allá de lo que se ve desde su asiento de espectador.

—Me interesa mucho la literatura creada sobre el mundo de los toreros y de los toros, y soy un lector inatigable de todo cuanto se relaciona con nuestra fiesta.

—Es usted también coleccionista, según me han dicho.

—En efecto. Coleccionista mucho más modesto de lo que yo quisiera. Poso, entre otras muchas cosas, colecciones de aquellas entradas policromas que se expendían hace algunos años. Tengo también numerosas estampas, grabados, carteles, etc.; pero mi pequeño orgullo son mis colecciones de periódicos. Tengo gran número de publicaciones taurinas, entre ellas, «Sol y Sombra», «Toreras», «La Lidia»... y, por supuesto, la colección completa de EL RUEDO, a excepción del número 48, que estoy haciendo gestiones para conseguir.

Le prometemos proporcionárselo, y él se sonríe generosamente, porque ya en otra ocasión se lo prometimos también, y... hasta ahora.

—Recientemente —prosigue— regalé al museo particular del barón de Sagües varios carteles del toreo, y una colección preciosa de estampas de toreros, igual a la que he cedido a EL RUEDO para su publicación.

EL PLANETA DE LOS TOROS

LOS TOREROS Y EL FUTBOL

Por ANTONIO DIAZ-CAÑABATE

HACIA mucho tiempo que no presenciaba un partido de fútbol, y días pasados asistí al celebrado entre un equipo formado por toreros y otro por cineastas. Ganaron los toreros. Y muchos aficionados creen que se acababa el mundo y, por tanto, la fiesta de los toros.

—¡Si Frasuelo levantara la cabeza!—decían con las manos en la idem.

Pues nada, Frasuelo jugaría de delantero centro. Lo aseguro de manera terminante. Y me fundo para atreverme a tanto en que era bastante echado para adelante, según dice la leyenda. Condición esta indispensable para un delantero centro. ¡Vaya un chut que tendría Frasuelo! ¡Pues y sus entradas al portero! ¡Tendrían que ver! Porque lo que también está fuera de duda es que si en tiempos de don Salvador Sánchez se juega al fútbol, Frasuelo se haría de dar patadas a un balón. Deporte perfectamente compatible con matar toros a volapié, digan lo que quieran los aficionados esas de las manos en la cabeza.

El deporte que privaba en sus años frascuelinos era u'ó bato, tanto conocido y que todavía subsiste, sin atisbos de que desparezca: el de beber vino con estrépito. Y Frasuelo lo practicaba a conciencia. Así como La gortijo, Frasuelo era un hombre muy gracioso, y cuando se bebía unas copas, esta gracia aumentaba.

Un día invitó a unos amigos a una paella en el campo; antes de comer se bebió de lo lindo. Y a Salvador se le ocurrió echar trozos de cristal entre los granos de arroz, y cada vez que un comensal se cortaba la lengua, el gran estoqueador se reía una barbaridad. En otra fiesta campera se comían las calientes, presididas por el célebre diestro, un cordero asado. Junto a ellos, y amarrado a un árbol con una cadena, un enorme y fiero mastín recibía los huesos que le arrojaban y los trituraba con ansia voraz. Uno, al ver cómo se abalanzaba sobre los huesos, comentó:

—¡Cualquiera le quitara aquí el colán de... torero!

Y Frasuelo respondió:

—Cualquiera, no sé; pero yo, desde luego.

Y sin hablar más, se puso en cuarenta patas y se fué acercando poco a poco al mastín, que le veía venir gruñendo y mirándole de reojo. Cuando estuvo al alcance de un hueso, Frasuelo avanzó una mano para apoderarse de él, a tiempo que el perrazo se precipita sobre él y le atiza un mordisco en una pantorrilla. Mordisco que fué contestado inmediatamente por otro bocado que le tiró Frasuelo en una oreja. Y así, mordisco va y mordisco viene, se estuvieron un rato, hasta que el mastín renunció a seguir comiendo huesos.

Este episodio no es un cuento, sino una historia que me fué contada por Ricardo Labiaga, a quien se la narró su padre, testigo del suceso. Después de esto, creo que tengo razón al decir que si Frasuelo vive, juega de delantero centro, y que le echaron portero a él.

En el equipo de los toreros sobresalieron Gallito, Julián Marín y Manuel Navarro Gallito jugó primeramente. Es un científico; distribuye juego desde su puesto de interior derecho, letra D—como dijo Fontanets Iglesias, otro buen jugador—, y, además, domina el balón y chuta lo suyo. Julián Marín es un defensor seguro e implacable. Y Navarro, quizá algo individual en su juego, se desahoga en el campo con el desembarazo y la maestría de un profesional del fútbol. Los demás no desentonaron, y la torera victoria fué muy justa.

A mí me entusiasmó. Y ni que decir tiene que desprecio totalmente de los que opinan que a los toreros les está vedado el fútbol. ¿Por qué? Vamos a dejarnos de exageraciones. Y, sobre todo, nada de invocar a Frasuelo y a Lagartijo, y al traje corto de Guerrita, y la majada del Tato. Es como si ahora criticáramos al duque de Alba porque juega al golf en lugar de ir a la conquista de Granada. ¡Pero, señor, si Granada está conquistada hace tiempo! Porque esa clase de aficionados todo lo resuelven con exclamación:

—¡Aquellos tiempos, aquellos toreros vestidos con chaquetilla corta de terciopelo granate, pantalón ajustado y sombrero calañés! ¡Aquellos eran toreros!

Conformes. Y ésa es también, aunque se comparen un frac y un gabán con traballo.

Ya vamos estando un poco hartos de Lagartijo y Frasuelo, y que si éste mataba a los mil maravillas y aquél toraba mejor. Pero eso no tiene nada que ver con el sombrero calañés. Juan Belmonte ha torado bastante bien, y llevaba unos sombreros flexibles que portaban los corazones, y Domingo Ortega, en lugar de jugar a la rana, jugó al bridge, y también sabe torar el hombre.

En vista de todo lo dicho y de mucho más que podría decir, envío mi enhorabuena a los toreros jugadores de fútbol, les animo a entrenar las ociosas invernales dando patadas a una pelota.



El equipo de los toreros que últimamente se enfrentó con el de los cineastas

A PUNTA DE CAPOTE

COGIDAS Y MUERTES PARALELAS



Manuel García, El Espartero

YO era un chiquillo sevillano allá por los días felices de 1888 a 1893.

Era una gran época de toros, y aun mi nostalgia recuerda los lances, reyertas y marimorenas entre los bulliciosos sevillanos a cuenta de sus predilecciones coletudas. ¡El manifiesto de Guerrita al pueblo sevillano, voceaban los chavales en el Baratillo, a la salida de los toros. Y el manifiesto del Espartero al pueblo de Sevilla!, replicaban otros pregones dentro y fuera de la Plaza. ¿Tenían algo que ver ambos jóvenes espadas—jóvenes entonces—con estos documentos espectaculares? Seguramente, no. Las tales proclamas eran el prurito de competencia incubado en todo público cuando surgen en el firmamento taurino estrellas binarias. Lagartijo y Frasuelo, competencia única, palidecían en su véspero ante el nuevo astro cordobés, que ganaba a más andar el cenit de su gloria. Y los sevillanos, ¿qué podían oponer los sevillanos a esta cegadora aparición del gran torero rival? Por *sevillanismo* oponían a la figura perfecta del torero perfecto la figura imperfecta, pero heroica, del ídolo de la plaza de la Alfalfa. Si Guerrita era la sabiduría, la ponderación y el dominio en el arte de torrear, el Espartero era el valor estoico, hecho carne de cicatrices. Cerca de cuarenta condecoraban su cuerpo acribillado en plena juventud. Y, sin embargo, su valor exasperado arrechaba con cada herida cruel. Y ello era así, por su probada insensibilidad ante el dolor físico y porque el hambre, su musa trágica, le mostraba el horror de sus desgarraduras morales. Su valor, sin instinto de conservación, ocultaba a los públicos enardecidos la penuria de su arte. En cambio, Guerrita, bordaba el suyo in-

menso con un valor sabiamente dosificado en el peligro y en la gracia. No hay que decir cuál de ambos habría de llegar a viejo. ¿Cabe entonces consignar que aquella competencia iniciada con tanto ruido por los buenos aficionados sevillanos era imposible? Tanto lo era, que los mismos fanáticos esparteristas acabaron por reconocer, de *camisita para adentro*, la superioridad indiscutible del coloso de Córdoba.

Esta pareja, *sin paridad*, de toreros, nos trae a la memoria los nombres de dos grandes figuras del pasado. Si donde escribimos el Espartero trazamos Pepe-Hillo, y donde Guerrita, Pedro Romero, tendremos redivivos los mismos lidiadores, los mismos ambientes y los mismos desenlaces. El Espartero y Guerrita son misteriosos avatares de Pedro Romero y Pepe-Hillo. La vida es repetición de sí misma.

En los prejuicios del siglo XIX, como en su última década, estas dos parejas se parecen en todo. Pepe-Hillo y el Espartero, son sevillanos; Rataje Guerra, de Córdoba; Pedro Romero de Ronda. Pero es igual: la Córdoba taurínica no había nacido, y tanto monta Córdoba como Ronda, por la semejanza sobria y austera del estilo. El rondeño y el cordobés son hermanos gemelos, por su grandeza, esculpida en la misma talla, y ambos sevillanos son gemelos, también, por su tragedia, escrita en la misma muerte.

Barbudo y Perdigon son el mismo toro quedado y homicida; el Espartero y Pepe-Hillo, el propio matador en el mismo trance; el impetuoso soberbio, igual; igual la tremenda cogida, en sus tres tiempos; pavorosamente parecido el espanto de las entrañas desgarradas y, para mayor paralelismo idéntico destino, inmutable, bajo el

mismo sol de un mayo coincidente y agorero.

En cambio, los indemes rivales, Pedro Romero y Guerrita, mueren de viejos en Córdoba y en Ronda.

¡Pobre Maoliyo! Cierro los ojos, y cantan dentro de mí aquellas coplas de las viejas ricas de Cádiz, oídas en mi infancia:

En una espartería llora un chiquillo:
¡quién había de decir
que sería
otro Pepe-Hillo!

¡Y otro Pepe-Hillo fué, por su vida y por su muerte!

FEDERICO OLIVER



Pepe-Hillo

SE VA A CORTAR LA COLETA

CHICUELO SE RETIRA ESTE AÑO

Toreará seis corridas, pero aun no sabe dónde



Manuel Jiménez, Chicuelo, pasea por las calles sevillanas junto a su hijo



Con la Giralda al fondo, Chicuelo y su primogénito (Fotos Arenas)

LUCIANO COBALEDA

ha entregado sus poderes al aficionado don José Illana, que le representará en todos los asuntos taurinos durante la presente temporada

SE ha extendido por toda España la noticia de que Chicuelo se retirará este año. Pocas noticias, ciertamente, pueden surgir en el actual momento taurino con mayores dimensiones que ésta. La ida del famoso torero sevillano supone el fin de una zona, la frontera de un tiempo, algo íntimamente sólido y fuerte que se deshace y pasa a la sombra, donde —como diría el poeta— habita el recuerdo. ¿Se retira Chicuelo? ¿Se nos va ese alegre, brillantísimo, torero que se abrió hace casi treinta años, cuajado de aroma, esbelto de gracia, sobre el mundo de la fiesta? ¿Qué va a ser de las arenas doradas de los ruedos sin la airosa y grácil figurilla de Manolo Jiménez, el mago del ritmo inimitable?

Estamos ante Chicuelo, de quien hay siempre tanto y tan bueno que decir, que nunca se encuentra la punta del hilo en esta maciza madeja de su vida torera. Manolo, aquel chavalillo a quien Belmonte hiciera, con dieciséis años de vida, matador de toros en el albero de la Maestranza, hace ya veintiséis años se nos envuelve y escapa en su fina sencillez. Chicuelo tiene la sencilla actitud, biennacida y noble, de los hombres que poseen un lugar ganado por su propia y profunda verdad. Su arte —su bello arte, musical, concentrado de oles y de escultura, señor de sí mismo, sólo por derecho propio, en la historia del toreo— resplandece en esta madurez de su vida, en que se habla de su alejamiento y retirada. Y con esa sencillez nos sonríe cuando le preguntamos qué hay de esta retirada. No le gusta hablar de sí mismo.

—No sé aún lo que haré. Cuando se lleva tantos años dentro del toreo, cuesta mucho hacerse a la idea de no vestir más el traje de luces. Creo que este año, a pesar de mis vacilaciones, va a ser el último. Y, desde luego, torearé poco; quizá cinco o seis corridas. Estoy ahora de ejercicio en el campo. Me preparo. Hace casi dos años que no toreo, y hay que volver a estar en condiciones convenientes. Torearé en las Plazas más significativas. Aunque en esto no ha de ser sólo la significación multitudinaria la que influya, sino la de su expresión taurina. Y en esto es en lo que aun no tengo nada hecho de un modo concreto. Pero, ya le digo, ¡cuesta tanto dejarlo todo!...

Manolo Chicuelo siente —aunque, en su sencillez, lo oculta— una densa melancolía cuando nos habla. Nos acompaña su hijo Manolo, novillero ya, a quien la impaciencia de torear se le sale por los ojos. Diecisiete años tiene, como el padre cuando recibió de Belmonte muleta y espada de doctor.

—Tiene que hacerse más. Los públicos juzgan con más velocidad y más rigor a los que ya llevan un nombre a la Plaza. Y el toreo ahora va muy de prisa. Hay que salir completamente hecho, madurado, con reposo.

Llegamos al patio sevillano de los naranjos. Chicuelo nos confiesa con infantil ingenuidad que nunca ha subido a la Giralda.

—Me gusta verla así, camino del cielo...

En la fuente se reflejan los botareles de la Catedral y el balconaje frío de la torre más bonita del mundo. Manolo abre camino al recuerdo, y nos habla de su primer capotillo de paseo de aquel inolvidable momento de inspiración en que le salió de la sangre y de los ojos el quite de la *chicuelina*, la flor del toreo de capa. Hablamos de Méjico, y Manolo dice con sigilo, como huyéndole a la confesión:

—Tengo allí muy buenos amigos. Tuve mucha suerte. El ambiente de Méjico es como el nuestro: apasionado, muy taurino, de constantes discusiones sobre el toreo.

¿Cuántas alternativas ha dado Chicuelo? ¿Quién lo sabe! Facultades, Armillita, Rayito, Gallardo...; figuras y figuras cruzan por su imaginación bajo esta azul mañana de Sevilla, que ahora cae, como una transustanciación de la gloria de Dios, sobre la paz de las casas y los hombres. Esta luz redonda y azul, resaca del invierno, como un mensaje de que va a llegar el tiempo en que otra vez se citen, sobre la arena de oro de los ruedos, la esbeltez del toreo y las astas agrestes y finas de los toros...

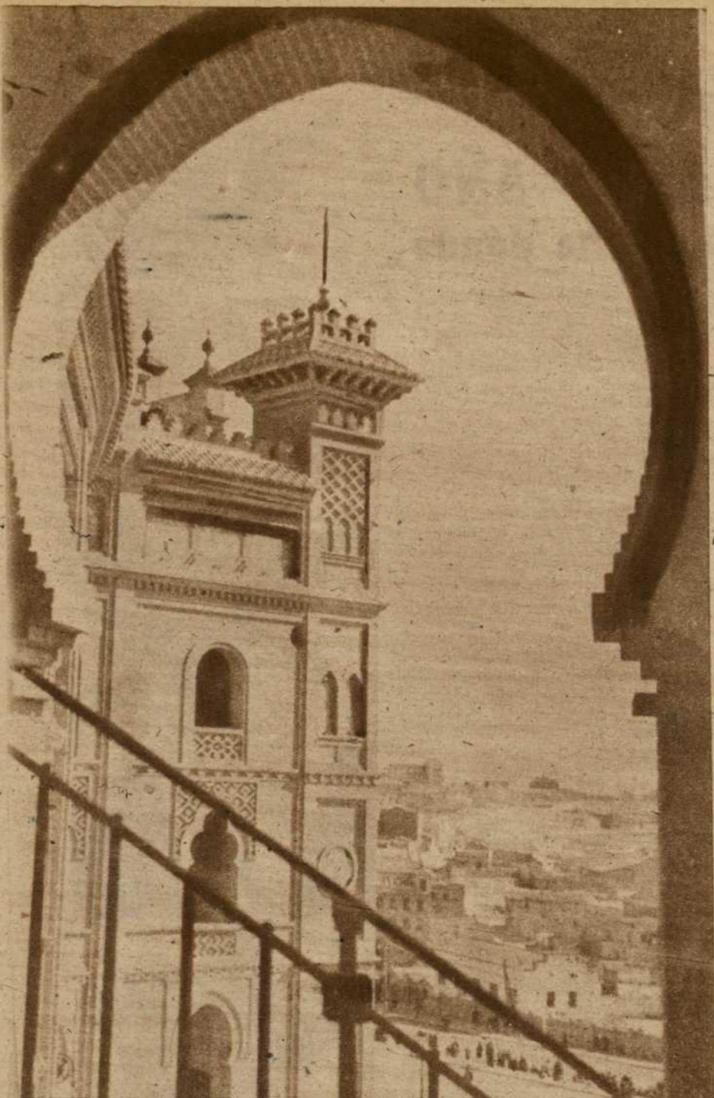
El proyecto de retirarse no está aún redondeado. Hay un viejo deseo en el corazón del torero de la Alameda: América. ¿Quién sabe si otro viaje por América!... Lo cierto, por encima de todo, es que se va, y que este año va a ser el que cierre, con remate de oro, con capitel de lances que se irán con él y que nadie volverá a orquestarlos como él lo ha hecho, el ciclo taurino de este mágico, sensibilísimo, diestro de la escuela sevillana.

A través de la ciudad, llegamos a la Alameda de Hércules. Dos columnas romanas —los rasgos cesáreos, imperiales y poderosos— nos dicen simbólicamente que todo lo que nace aquí, en esta Alameda —“la Alamea”, como la cantan y glorifican las coplas y los versos—, es perdurable y no se enturbia ni concluye. Así, el arte de Chicuelo —¿cuándo volverá a torear de capa con igual repajolera alegría, Dios san!o!—, suma de todo lo decorativo, de todo lo afiligranado, alreccillo de sierra, brisa del Guadalquivir, temblor de bandera al mediodía, copla, taconeo, duendecillo de guitarra, retablo, y, en suma, la magia profunda del toreo más sevillano de todos los tiempos; así, el arte de Chicuelo —nos decía— permanecerá siempre.

PACO MONTERO



Unos gestos de Chicuelo durante su charla para EL RUEDO



YA ESTAN PREPARANDO MONUMENTAL MADRILEÑA PARA EMPEZAR LA TEMPORADA

EN LA ENFERMERIA SE HA DESARROLLADO UNA GRAN REFORMA

canes, es motivo de atracción. Y como amparo a todo, como protección divina, un cuadro de la Virgen de Covadonga, regalo de la viuda de Jardón, para que vele por esos valientes que salen al redondel con ilusiones. Esa gloria que no todos alcanzan.

De todas las obras, ésta es la que proporcionará mayor beneficio. Todo lo demás es decorativo. Esto es para bien de la Humanidad.

—¿Qué hacen esos hombres? Nuestra pregunta es dirigida al hijo de don Lorenzo Plaza, que tuvo la misión de cuidador de las Plazas de Madrid.

—Limpiar los corrales de basura. Se aprovecha esta fecha para dejarlos en condiciones. Y así, cuando las corridas van llegando, se encuentran en perfectas condiciones.

—Y esos que pican sobre el piso?

—Van a renovarlo. Los toros y los caballos lo deterioran. Por tanto, requiere una vigilancia, de gran utilidad para el sostenimiento del edificio, durante años y años. Las lluvias destruyen mucho, y el cuidado de la Plaza requiere una gran atención por parte de la Empresa.

Todos, en espera de que toque la campana, van cumpliendo su cometido. Pintura en los números de los asientos... que no se han reducido más este año. El pincel no ha acertado las separaciones, ya que los gordos protestaron el año pasado del poco espacio.

Las doce. A pleno sol, en esta mañana de luz, los obreros hacen alto en la faena.

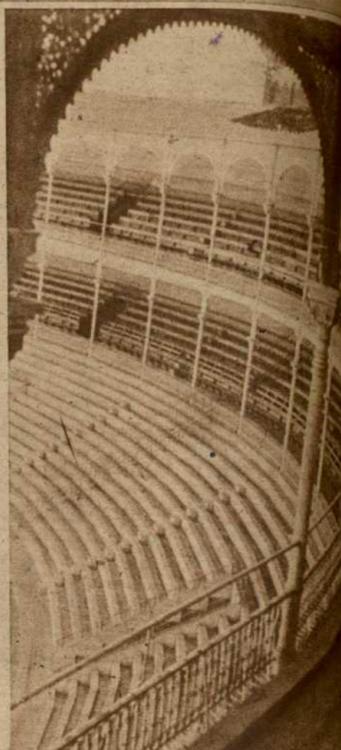
Y por los tendidos se forman los grupos para injerir la comida que les reponga las fuerzas perdidas en la mañana.

Más dentro, ya en pleno ruedo, hay seres que tienen la misión de retocar las distintas dependencias. Unos, por los burladeros, sustituyendo tablas rotas por el empuje de la fiera. En el palco presidencial, dando viveza a la purpurina, que las aguas casi borrarán. El palco de la Diputación, con su andamiaje, ofrece una perspectiva de ruina. Así, poco a poco, va terminándose la obra que comenzó el mes pasado y tendrá su fin cuando la Empresa fije el primer cartel de la temporada.

Una mañana en la Plaza nos ha permitido vivir esos preparativos. El Chico de la Plaza, fiel guardián en invierno y subalterno durante la temporada, ha sido nuestro acompañante. Junto a él hemos recorrido las distintas dependencias: toriles, tendidos, patio de caballos, enfermería.

En ésta se ha operado una gran mejora. La asistencia a los diestros requiere un cuidado especial, y la Empresa ha realizado una obra perfecta, con todos los adelantos, para atender con toda probabilidad de éxito a quienes se juegan la vida muy cerca de esta habitación, que es donde se desarrollan las tragedias de la historia taurina.

Hoy, sin el recuerdo de los per-



Un aspecto del graderio de los tendidos. — Abajo: Un torero que va a entrenar desde la localidad de grada. — Abajo: Otro aspecto del tendido con el público delante. — Abajo: Otro aspecto del tendido a reformas.



Una brigada de albañiles, pintores y carpinteros trabajan diario en su embellecimiento

NO SE HA REDUCIDO EL ESPACIO PARA LOS ESPECTADORES

na. Con la mirada fija en la arena, donde se imaginan estar realizando la gran faena de su vida.

Todo es sueño. La realidad es otra, para la que ellos trabajan, en parte, durante el mes de febrero.

Carpinteros, albañiles, pintores y mozos de caballos han quedado silenciosos por un momento. Algo les ha paralizado en su «faena».

Es la presencia de un diestro sobre la blanca arena de la Monumental.

Traje gris; y no de calle. Con su atuendo, propio para los entrenamientos. Porque los toreros también actúan en el invierno. Unos, por el campo, en pleno ejercicio físico; el resto, en un toreo de salón, enfrentándose con la luz del día.

Buscando el sitio. Donde él puede realizar la mayor faena. Lo que se imagina todo el que se viste de luces.

Un lance, un recorte... el adorno gitano y alegre, que con un toro enfrente y la Plaza llena de aficionados serviría para encumbrarlo.

Pero es torero de invierno. Y su arte no será motivo de una crónica que cante los detalles y momentos de esa faena... que ha quedado en el vacío.

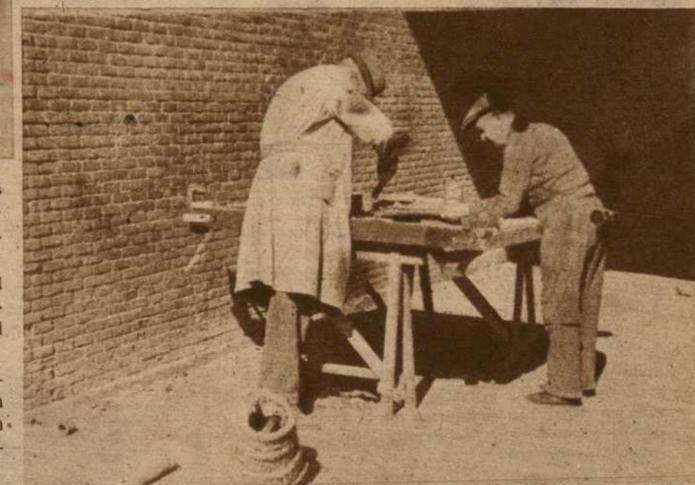
Todo está ya en marcha. La brigada de obreros acude diariamente con sus herramientas al coño de las Ventas.

Y cuando los primeros espectadores acudan a la Monumental madrileña, encontrarán algo nuevo en ella.

JOSE CARRASCO



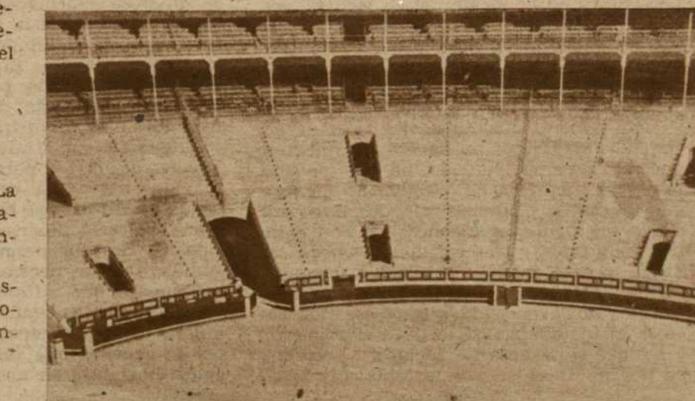
Los albañiles, en su labor de pintura y retoque de las paredes.



Los carpinteros, también tienen labor. Aquí están arreglando las puertas.



Otro grupo de obreros dedicados a la limpieza de la Plaza. — Abajo: Aspecto que ofrece el ruedo y las localidades, cuya reforma y embellecimiento va muy adelantado. (Fots. Manzanao)



CONVERSACION SOBRE MEJICO



—Señor cronista, ¿ha leído usted las últimas noticias de Méjico?

—Más o menos, lo que han publicado los periódicos.

—¿Y qué opina usted de Manolete?

—Hombre, yo creía que a lo que usted se refería era a las líneas generales. Precisamente me estaba acordando ahora del resultado de esa corrida de competición en que se discirnió el trofeo de la «rosa guadalupeña», o sea, la corrida del Montepío mejicano de toreros.

—Y bien, esto es lo que le quería preguntar: ¿Qué opina usted de «lo» de Manolete en esa corrida?

—No opino nada, porque no la toré. De la corrida opino, por orden de menor a mayor importancia, que el nombre del trofeo no me gusta. Se me hace muy difícil imaginarme a Frascuelo, diestro que tiene mis respetos y admiraciones retrospectivas, ganar un trofeo con un nombre tan poco taurino. Pero parece que los tiempos cambian. Lo de la «oreja de oro» ya no me gustaba en exceso, y me reí a carcajadas ante una idea fenecida que habló de instituir entre nosotros la «montera de oro». El modernismo de los poetas americanos, viejo ya en treinta años largos, parece que se ha metido, junto con un espíritu de Campeonato de Liga, en el toreo. Una moña de honor, y hasta un capote de paseo, y eso que me acuerdo de las habillitas y desazones que costó el último que se puso en juego, me parecen más propios. Yo no gusto de que los toreros tengan el orgullo tan remachado como sacristanes; pero tampoco creo que a estas alturas tomen en serio el que se les derive de la posesión de unos galardones poco taurinos. Lo de Francisco Montes, que exigía siempre la mención y rango de «primera espada», me parece muy en su punto, como orgullo y vanidad bien encauzada. Volviendo a la corrida mejicana...

—Manolete ha tenido razón.

—No pondría una línea ni a favor ni en contra. Para mí, es un hecho extrataurino que me tiene sin cuidado. Lo que me importa de la corrida en cuestión es que, según los partes y noticias oficiales, hubo sus más y sus menos en la concesión. Toreaban tres mejicanos y tres españoles. Quedó en litigio la cosa entre uno de una nacionalidad y uno de otra, un antiguo matador mejicano y un jovencísimo diestro español. La «rosa guadalupeña» se la llevó el primero, y aunque sería cosa de felicitar al segundo por no traer en sus maletas una cosa

tan incongruente con el toreo, el caso es que, en su carácter de galardón, la posible injusticia duele más.

—Entonces, ¿usted cree que hubo «tongo»?

—No lo sé. Es más: si, sin ver la corrida, tuviese que preferir a uno de los dos toreros en litigio, dudaría bastante. Creo que no habría duda alguna si se hubiera tratado de otra figura u otro «monstruo» de esos que embalan en Méjico. Pero Armillita, por muy dado al camelo que esté ahora, en que ha dado en juntar los pies, se hizo aquí, y era otra cosa. Es torero de galardón, y sólo pensar que va en declive, juntó a lo que va de subida el joven vástago de los Martín Vázquez, me haría dudar y aun preferir en contra.

—Pero, ¿va usted a seguir eludiendo el tema de Manolete?

—Yo creo que es más interesante hablar del toreo mejicano, que existe, sin duda, e incluso como una escuela muy definida. Y que actualmente constituye un problema



Arriba: Manolete.—En el centro: Pepin Martin Vázquez.—Abajo: Armillita

en el arte del toreo. Antes, un torero mejicano era algo excéntrico, por muy artista personal, como Gaona, que fuese. Ahora, el toreo mejicano es una escuela muy influyente. Una escuela que yo veo sintetizada en Cagancho, en un Cagancho traducido a la valerosa espectacularidad, con pérdida de su pristina gracia y de su armonía luminosa en el trasplante. Ya no son uno ni dos artistas: es una escuela completa, autónoma, apoyada por un nacionalismo que va a la fiesta de ida cuando nosotros estamos de vuelta, que tiene su feudo inatacable y que triunfa en España —¿por qué no decirlo?— porque el toreo español ha dado toda clase de facilidades, porque les ha planteado la batalla en el mal terreno. El toreo peninsular ha impuesto un tipo de toro que permite todo lucimiento, sin las premisas necesarias de ciencia y conocimiento que antes eran precisas para, ventajosamente, cuadrar un toro para la muerte. Los mejicanos, que son valientes por lo general, que tienen unas ganas de pelea elogiadas en absoluto y que sueñan

a antiguos tiempos, hallan un camino abonado para exhibir su bagaje artístico y triunfar. Antes se quedaban en la primera o en la segunda cornada de un toro de casta, edad y arrobas. Ahora influyen en el toreo español.

—¿Y Manolete?

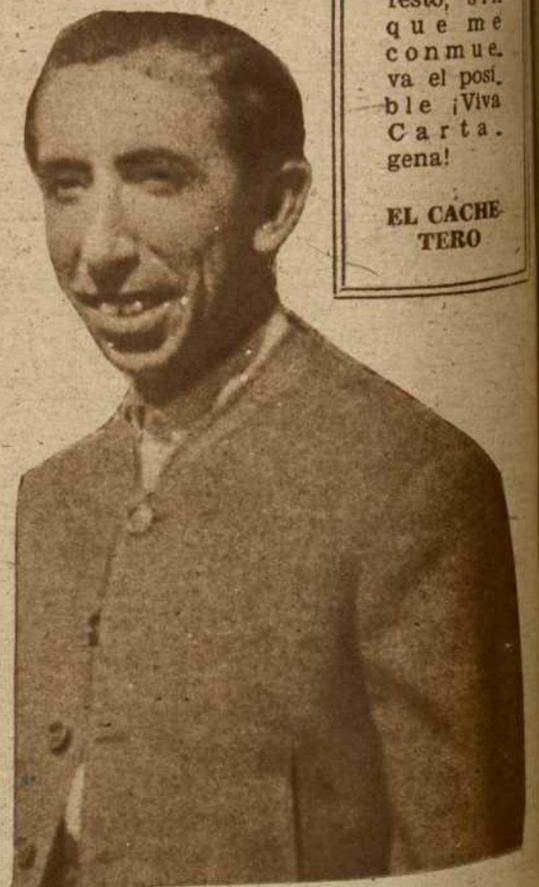
—Manolete —y vamos con él— les gana la pelea por ese lado. Porque es «más» que ellos, mejor que ellos, porque es «distinto», que en parte también lo es. También Armillita se salía del patrón, y aun un poco, en su flexibilidad, Arruza, que son los que menos han gustado en Méjico, por cierto. Si en Méjico hacen estatuas a los de luces, que reserven una a Joaquín Rodríguez, que les trajo las gallinas, y otra a Manolete, que les ha facilitado traer los polluelos, cacareantes de triunfo, a este lado del Atlántico. Mejor que una estatua, un relieve de «la época de Manolete».

—Al que prohíben torear dos años, por un abuso nacionalista y por ganas de promover conflictos.

—Mire usted: a mí, eso, como todo lo que no ocurre en los ruedos, no me interesa. Creo que no es legítimo mezclar ningún adarme de nacionalidad, y que el que lo hace se sale con el ¡Viva Cartagena! Y otro viva sería mezclar el toreo en ello. La suspensión de Manolete o su levantamiento posterior me tiene sin cuidado. Manolete ha triunfado en los ruedos que es lo importante. El que su «sistema extrataurino» haya encontrado o no un resbalón de dos años y un día, ¿qué más da? ¿O es que la admiración por Manolete ha de llevar, gemela, la admiración por Camará y lo que significa? Yo desligó a la perfección lo uno y lo otro, y como lo que me interesa estimo que no ha sufrido perjuicio, asisto

imperfectamente al resto, sin que me conmueva el posible ¡Viva Cartagena!

EL CACHETERO



ICO

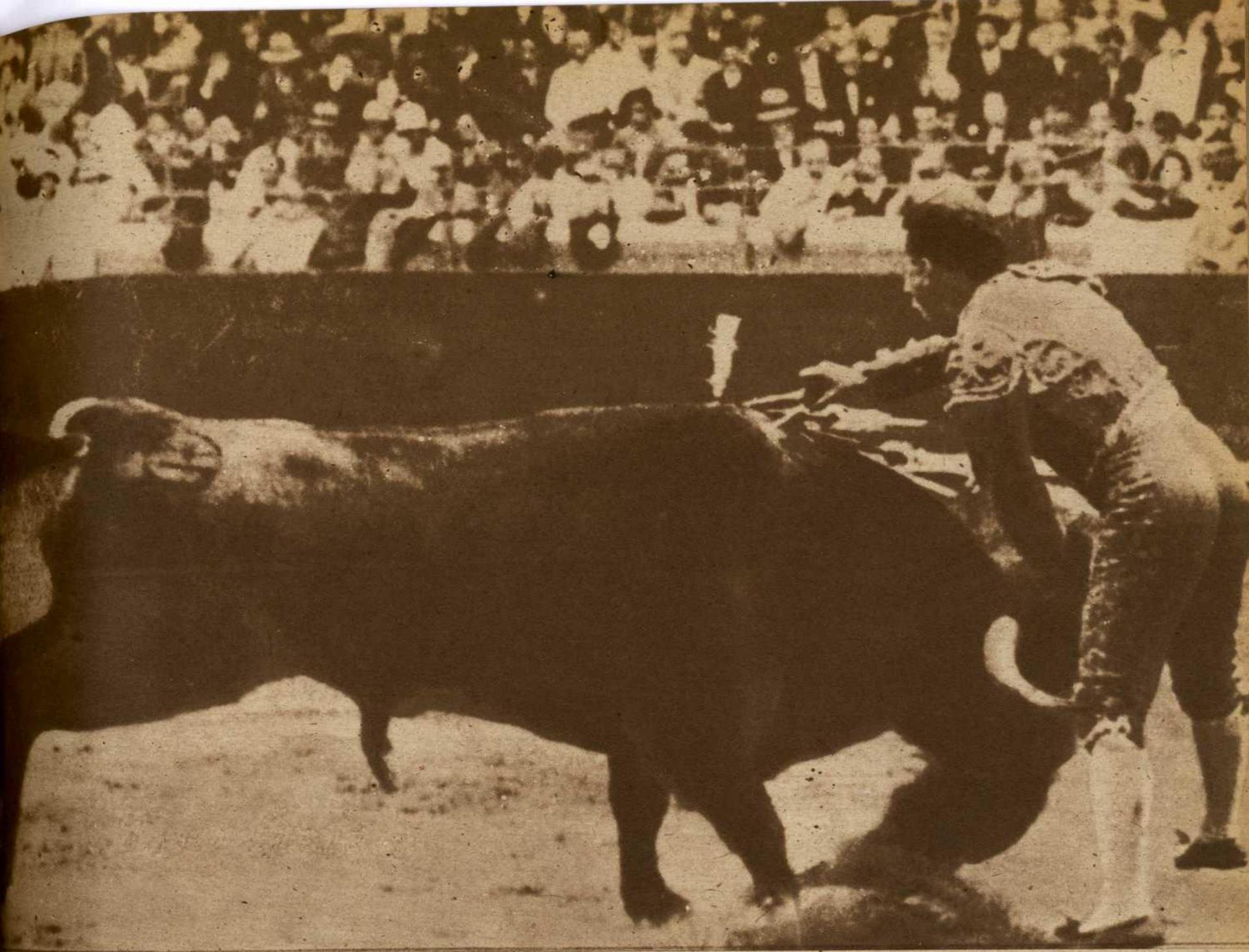
abo-
ico y
imera
e cas-
en el

gana
o que
into,
n Ar-
poco,
s que
cierto.
lucos,
z, que
e, que
s, ca.
Atlán.
eve de

s, por
e pro-

odo lo
ntere.
r nin.
el que
na! Y
llo. La
umien.
Mano-
es lo
itauri.
lón de
es que
llevar.
lo que
lón lo
inte.
perjui.
asisto
per.
able al
sin
e me
mue.
l posi.
Viva
r t a.

ACHE-
ERO



ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

E L V O L A P I É

No es que la cosa sea de cuando el Guerra andaba pensando en debutar como banderillero. Es apenas de ayer; pero está ya tan lejos, tan olvidada, como pueda estarlo el salto al trascuerno o de la garrocha.

Hoy, que la gente va a la Plaza sin saber ni preocuparle el ganado que se lidia, y que se sienta en el tendido en espera de recrearse en la postura más o menos artística, pero siempre estatuaría, del torero de turno, nadie —o casi nadie, porque no queremos ser injustos— se fija en la suerte suprema —la estocada— más que para empujar con la imaginación, a fin de que el torero acierte a la primera, si es que la faena que hizo el espada resultó ser de las que ahora hacen furor.

Por eso nos place hoy dar en la tinta fresca de nuestro semanario esta estampa de ayer —de siempre— y que ya se nos antoja de nunca, porque en estos

tiempos que corren no quedan toreros de los que hacen de esta suerte el trampolín de sus triunfos.

Y no los hay porque, desgraciadamente, no interesa, y es lógico que al matador le importe menos Suerte

ésta en la que el riesgo es más acusado que en ninguna otra; lo que importa, tal y como están las cosas planteadas, es quitarse de en medio al enemigo de la forma más fácil, sabiendo que al proceder así se gana el aplauso del público y hasta, seguramente, una oreja de la víctima.

¡Qué lástima! Porque no me dirán ustedes que no es bello ese momento en el que el espada se cruza limpiamente con el toro, que va embebido en la muleta, y clava lentamente el estoque en el morrillo de la fiera, llegando en el viaje hasta los rubios con la mano.

Ahí queda, para que se enteren los que llegan ahora a la Plaza, este volapié de Martín Agüero, el bravo torero bilbaíno, a un toro de don Félix Moreno, llamado Cantinero, y al que cortó las dos

orejas y el rabo. Porque allí donde lo hizo, sabían apreciar. Tendremos, pues, que contentarnos con la contemplación de estas fotografías.





EN EL BANQUETE - HOMENAJE ALVARO DOMECCQ

El lápiz de Fresno ha captado, con su peculiar estilo, esta serie de personajes que asistieron al acto: 1. El homenajeado, Alvaro Domecq. — 2 y 3. El glorioso general Moscardó y el ex ministro Miguel Primo de Rivera, que se sentaron a su lado. — 4. José María del Rey, que ofreció el banquete. — 5, 6 y 7. José María Alfaro, vicepresidente de las Cortes y presidente de la Asociación de la Prensa; Adriano del Valle, director de «Primer Plano», y el exquisito poeta Rafael Duyós, que recitaron sentidas poesías. — 8, 9 y 10. Felipe Sáenz, Valeriano León y el presidente de la Academia de la Lengua, José María Pemán, que pronunciaron magníficos discursos.

¡PARA la Sombra Y EL Gol...!



DOS ESPECTADORES ABNEGADOS



Quizá ustedes no quieran creerlo; pero podemos jurarles que se trata efectivamente de dos personas. Más concretamente: dos espectadores. Y si aún queremos afinar más: dos aficionados abnegados. Porque ellos han sacado su billete de primera fila de tendido alto de sol, y a pesar de su soledad, del islote que forman en el vacío de las filas, no han pensado, siquiera por un momento, bajar, aunque fuera un par de filas, hasta el tendido bajo. Claro está que a lo mejor —casi es seguro— esta actitud es debida al aburrimiento que les embargaba. Porque no tienen cara de pasarlo muy bien

CADA SIETE DIAS, UNA VARA

NOSOTROS RECTIFICAMOS

Y es verdad. A nosotros no nos duele conjugar el verbo rectificar. Porque hasta ahora siempre ha sido de humanos el equivocarse.

Nos referimos en este caso a la fotografía que publicábamos la semana pasada en el reportaje que se refería a Guerrita. Allí decíamos que la citada foto se encontraba en el local del Club Guerrita.

Ahora bien; como en estos días hemos recibido una carta de don Félix Moreno Arduny, en la que nos dice que la foto en cuestión donde realmente está es en su propia casa, y como al mismo tiempo nos ruega hagamos constar esta circunstancia, nosotros lo decimos en letras de molde, y, después de pedir perdón por el desliz, nos quedamos tan anchos.

Porque otra de nuestras debilidades es dejar las cosas en su sitio.

Y en este caso, a la fotografía la habíamos cambiado hasta de pro-
piedad.

BURLADERO



La gente no escarmentaba.

No importa que los taurinos se hayan adjudicado recientemente dos grandes triunfos en los campos futbolísticos. Ahora, los directivos del Valladolid se han enfrentado con los toreros de aquella capital.

Del resultado no se ha hablado nada.

Y aunque nosotros lo suponemos, no queremos decir ni media palabra.

Corramos un tupido velo.

Armillita se ha adjudicado en Méjico el trofeo de la Rosa Guadalupeña. Pero el público protestó porque estimaba que el trofeo debía de ser para Pepín Martín Vázquez.

Total, que la tal Rosa ha tenido espaldas.
Como siempre.

En estos días han llegado noticias sensacionales de Méjico. Que Manolito no quería torear. Que los toreros se solidarizaran con él. Que ha toreado dos días después. Que parece que se arregla la cosa. Que...

Pero, en fin, ¿a qué seguir? si cuando estamos escribiendo esto es hasta posible que llegue un nuevo telegrama diciendo que no ha pasado nada allí.

Y es que en América pasan las cosas antes de suceder.



UNA ANECDOTA A LA SEMANA

UN GESTO DE CUCHARES

Era en el año, 1860. Entonces, España se veía envuelta en una guerra en Marruecos contra el moro.

Estaba Curro Cúchares presenciando la marcha de una columna que salía de la Península para pelear por la Patria. El gentío que presenciaba la marcha ofrecía a los soldados cuanto tenía en mano para obsequiarlos y demostrar de esta manera su entusiasmo y adhesión al esfuerzo que aquéllos iban a realizar.

Cúchares dió también lo suyo. A los soldados, cuanto encima llevaba: cigarros, dinero... Luego se pudo acercar al general que mandaba las fuerzas y le dijo:

—Mi general, no llevo nada encima; pero cuanto tengo es suyo. En mi casa hay 700 cabras, 70 cerdos y algunas vacas. Todo ello lo pongo a su disposición para que sirva de alimento a esos valientes. Lo que gane más tarde —en esta temporada—, ni que decir tiene que también se lo ofrezco de todo corazón. Todo para la tropa.



Un numeroso grupo de invitados, entre los que figuran la Directiva del Club Taurino de Tetuán de las Victorias

LA PEÑA TAURINA TETUAN DE LAS VICTORIAS

Se ha inaugurado el pasado día 15

HE aquí una nueva peña taurina. A pesar de todo, los aficionados no desmayan y se agrupan en busca de mejorar la Fiesta.

Hoy ha sido en Tetuán de las Victorias donde la afición ha establecido su Club, de cuya inauguración damos las adjuntas fotografías.

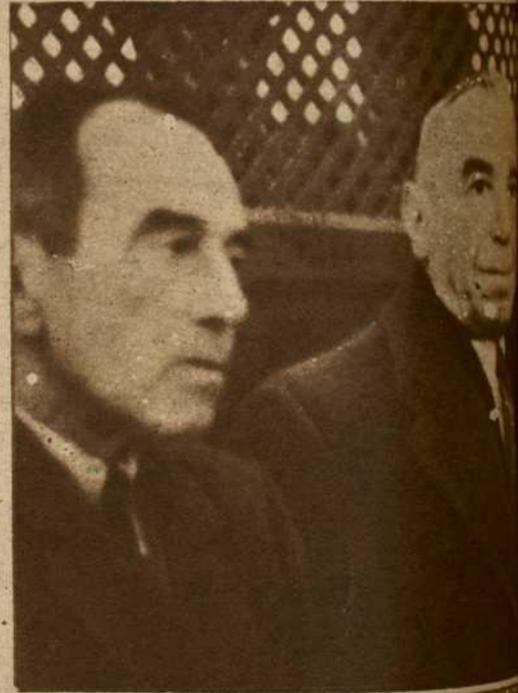
El acto dió comienzo con la bendición de los locales por el cura párroco de la barriada, que pronunció una plática.

Más tarde, el presidente de la «peña», don Mariano Ramos, leyó unas cuartillas, en las que se hacía constar los propósitos que animan a los fundadores.

También habló Cristóbal Becerra. Este popular apoderado de toreros brindó por el arte taurino y por todos los concurrentes, entre los que se encontraban Vicente Pastor, el doctor Zumel, Antonio Bienvenida, Valencia III y los hermanos Fauro.

La reunión, a la que asistieron numerosos aficionados, resultó animadísima.

Hacemos votos por que la Peña Taurina de Tetuán de las Victorias tenga una larga y próspera vida.



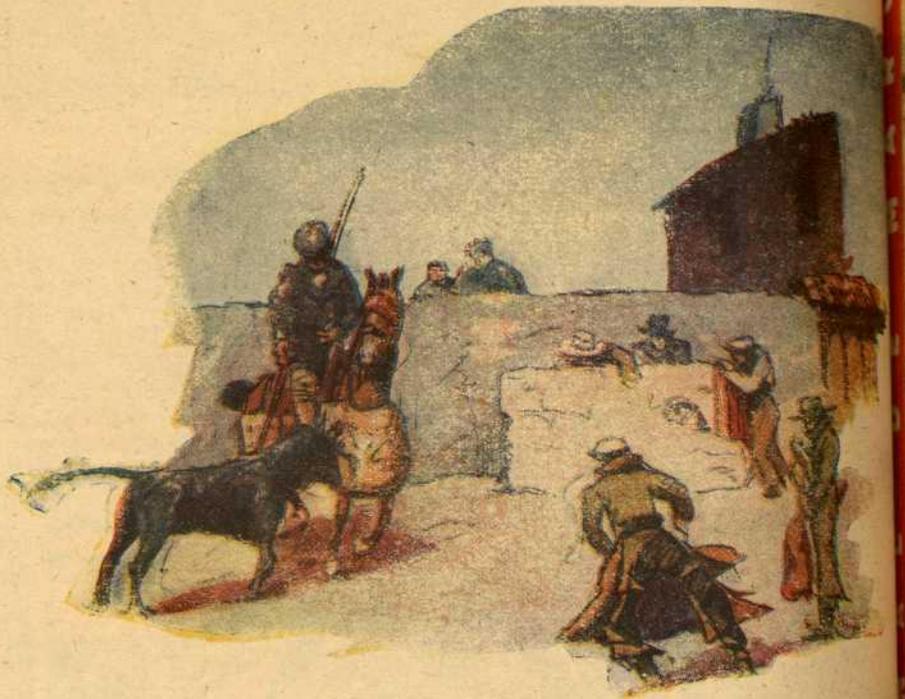
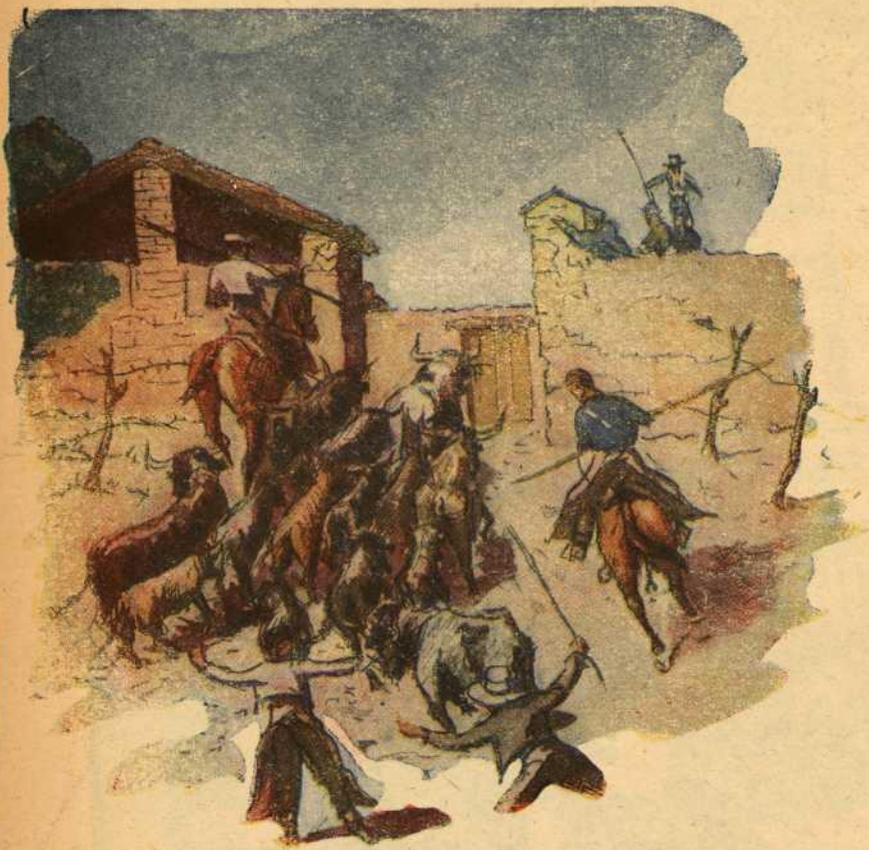
Antonio Bienvenida, con Alarcón y Carlos Cuadrado. — Abajo: El párroco de la barriada durante la plática que pronunció después de la bendición

Torquito y Vicente Pastor. — Abajo: Un grupo de socios de la «peña» que se inauguró el viernes pasado en Tetuán (Fots. Baldomera)





Proeza de F. González, Panchón
(Dibujo de Enrique Segura.)



UN DIA DE TIENTA

Por RELANZON

